

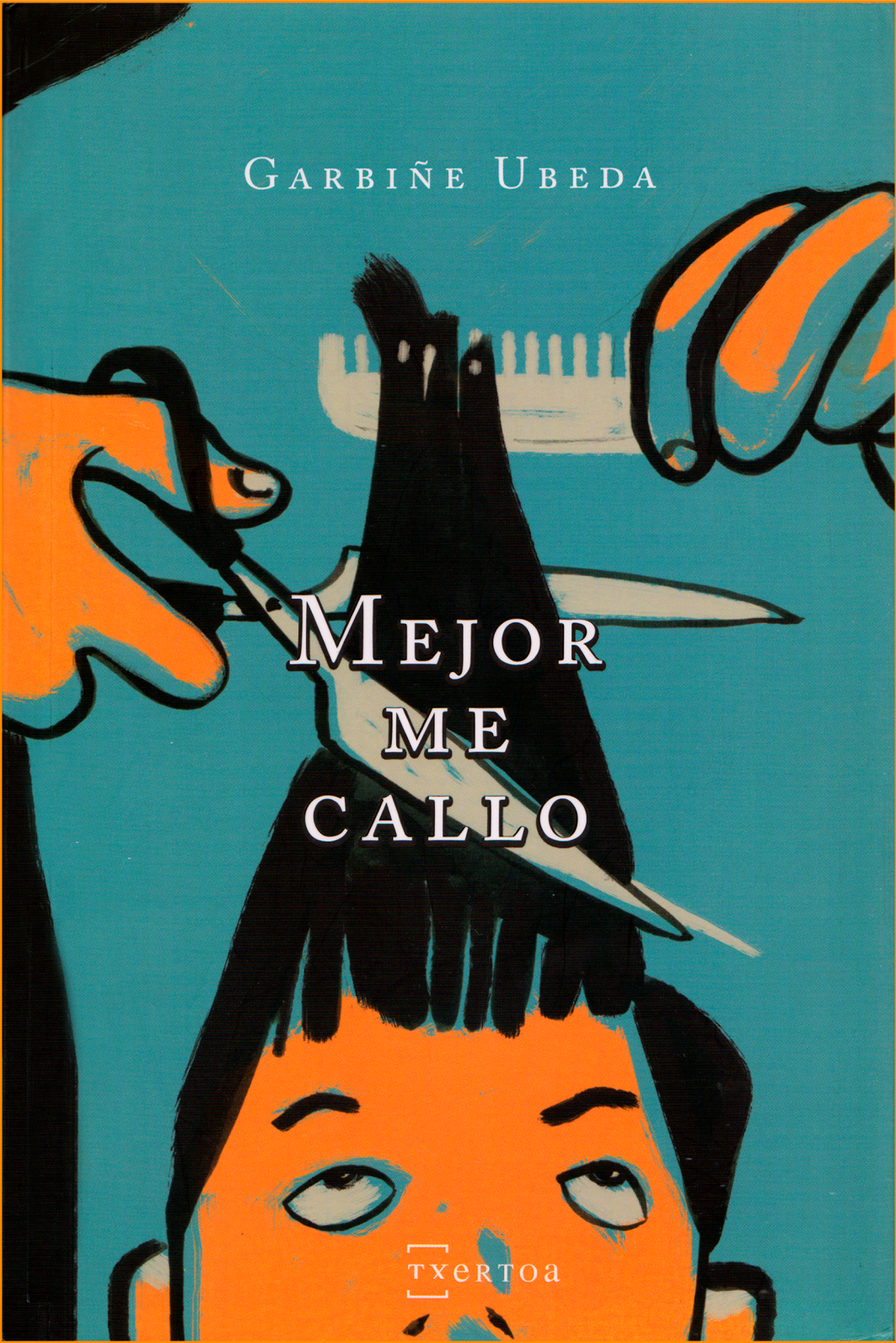
Garbiñe Ubeda

Mejor me callo



Esta novela narra la historia de la búsqueda de José Bermejo, un miliciano anarquista que luchó en la Guerra del 36 y cuya pista desapareció en Francia tras la II Guerra Mundial. *Mejor me callo* arranca cuando, muchos años después, una nieta, Bakartxo, subyugada por el halo romántico que envuelve el recuerdo de su abuelo, decide reconstruir sus últimos movimientos. La protagonista va dando cuenta de sus pesquisas e inesperados hallazgos, así como de las profundas dudas, preguntas y reflexiones que le van suscitando, y que la obligan a reescribir la historia de la familia: sus secretos, sus silencios, los inicios de una nueva vida, el olvido de la antigua... Se trata de una trama sutil, llena de tensión e intriga, que sin duda arrastrará al lector.

Mejor me callo, primera novela de Garbiñe Ubeda, periodista de larga y fecunda trayectoria en lengua vasca, fue merecedora de la beca a la creación literaria Augustin Zubikarai, que otorgan el Ayuntamiento de Ondarroa y la editorial Elkar. El jurado destacó muy especialmente su hermosa prosa, la calidad de la historia y la riqueza de los personajes.

A stylized, high-contrast illustration in orange, black, and teal. It depicts a person's face from the nose up, with a black topknot hairstyle. A hand on the left is using scissors to cut the hair. A comb is visible in the background. The overall style is graphic and modern.

GARBIÑE UBEDA

MEJOR
ME
CALLO

TXERTOa

Garbiñe Ubeda

MEJOR ME CALLO

Título original: Hobe Isilik (Elkar, 2013)

Portada original: Ivan Mata

Traducción: Simón Barroso

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE

I. LOS QUE DESPIERTAN EN PLENA NOCHE

II. VISITA A TIA BLANCA

III. TUS CARTAS

IV. LO QUE DIJISTE A MI PADRE

V. CADÁVERES

VI. CON LA EXCUSA DEL APELLIDO

VII. LA GENEALOGÍA

VIII. EL CONSULADO ESPAÑOL

IX. EL ACTA DE MATRIMONIO

X. LLEGÓ DE PARÍS

XI. 1980

XII. EL CUADERNO DE BITÁCORA

XIII. LA APORTACIÓN DE EVELINE

XIV. RUMBO AL NORTE

XV. ¿QUIÉN HAY ALLÍ, EN EL NORTE?

XVI. LO IMPERDONABLE

XVII. DOS TIROS

XVIII. LA ÚLTIMA CENA

XIX. MEJOR ME CALLO

Acerca de la autora

I. LOS QUE DESPIERTAN EN PLENA NOCHE

Mi intuición ha sido mi apoyo principal en la vida.

Tal vez te parezca un poco pedante que lo mencione, como si me propusiera destacar cosas de mi misma. No lo negaré, y mediante este zarpazo a todo lo falso puedo acogerme a la presunción de valor ya desde mi presentación. Supongamos que mi intuición es un premio de consolación. Supongamos que es el contrapeso que equilibra el resto de mis torpes cualidades. Pero, sobre todo, hay una cosa que hace imprescindible que la intuición sea la primera palabra que te digo, mi intuición es la fuerza de gravedad que me ha traído hasta ti.

¡Dichosa intuición! De pequeña se me encendían a menudo sus luces rojas, sus alarmas saltaban inesperadamente, como un golpe primario que me impactaba de repente. Algo importante iba a ocurrir y, entonces, ocurría. Una vez, desde el balcón de mi casa vi venir a un hombre pedaleando sobre su bicicleta. Su figura se balanceaba rítmicamente sobre la uve que dibujaba el eje de su rueda delantera. Avanzaba erguido, montado en su bicicleta blanca, e imaginé los radios de las ruedas cortando el aire caliente para componer un susurro, como una respiración rápida y constante que se sumaba al monótono zumbido de la fábrica de papel.

Entonces miré al agujero del pretil que separaba el sendero del río al lado de nuestra casa y lo vi caer. Le faltaban como un par de minutos para llegar, probablemente él no sabía que a la pared de piedra le faltaban unos dos metros en este punto, y de haberlo sabido seguramente pedalearía seguro de su cálculo de probabilidades. La calle vacía, el sendero despejado, y él disfrutando de la rotación de su pedaleo fácil, como si fuese un aleteo de mariposa aquella primavera.

Miré al agujero del pretil y lo vi caer en ese vertido turquesa y maloliente de la papelera dos minutos antes de que ocurriera. Recuerdo que fui un manojo de nervios consciente de que no sabía manejar la situación que aquella imagen dibujaba ante mis ojos. ¿Tenía que gritar al ciclista desde el balcón? ¿Debía de avisarle de su inminente caída? ¿Y si era yo quien la provocaba con mis gritos de histeria? ¿Debía de avisar a alguien de casa? Me hubieran tomado el pelo, no me habrían hecho caso y si me lo hubiesen hecho, si me hubieran creído ¿en qué lugar me hubiera dejado aquel suceso? ¿Cuál sería la fama que me caería como un castigo?

Me callé.

En silencio, me puse en cuclillas, agazapada entre las macetas del balcón, y esperé a que el destino siguiera su curso mirando durante dos minutos eternos la pastosa espuma que el río mostraba a través del agujero del pretil.

El sol que calentaba el aire de la mañana como un horno acentuaba todos los contrastes. Cuando el ciclista pasó ante mí vi su rostro relajado, a pesar del esfuerzo; ni una gota de sudor

se apreciaba en su frente ni en su camiseta, no iba veloz pero se quedó clavado, contra toda lógica el hombre frenó en seco en el único punto donde precisamente podía ocurrir la fatalidad. Se había acercado a la orilla del río y podría haber tocado con su mano derecha el pretil de medio metro de altura, pero no había pared, no pudo soltarse el calapiés, perdió el equilibrio... ¡Joder! En aquel momento quise evaporarme, camuflarme entre los insectos que disfrutaban del geranio que tenía delante. Por haber acertado. Me sentí culpable de acertar y tenía necesidad de ocultarme por no haber hecho nada.

La realidad fue que en los últimos minutos mis ojos seguían fijos en aquel agujero del muro por el que salió el ciclista. Ileso, empapado por el agua y chorreando su humillación, agarró con una mano su bicicleta destrozada y se alejó mientras yo recuperaba el ritmo de mi respiración. La mañana feliz de aquel hombre se había estrellado en el río, mientras yo observaba agachada la triste escena de su retirada, percibí que en aquel momento su único consuelo fue creer que nadie le había visto.

Aquella mañana de otoño me desperté como de un largo sueño; sin embargo, no eran más que las cuatro de la madrugada. Me coloqué bien el camisón y me quedé allí, boca arriba, mirando la oscuridad.

Fuera el viento soplaba y soplaba, creaba remolinos de hojas en los rincones desiertos y así me vino a la memoria una tarde que pasé recogiendo hojas con mis hijas, hacía un par de meses. En aquel parque admiramos la belleza de los abanicos amarillos del Ginkgo, el rojo vivo y fogoso que teñía entonces la

cúpula de toda la familia de liquidámbar. Disfrutaba con la recreación de aquellos colores contra la oscuridad que me envolvía e intentaba deducir el origen de aquellas formas, la constitución de la sustancia que construía aquellos colores tan satinados, tan impresionantes. Cómo me gustaba dejar que el aire y la oscuridad me trajesen estos pensamientos estáticos y adormecedores.

Pero al cabo de un rato la luz de la luna se había hecho un hueco por las rendijas de la contraventana y sus rayos blanquecinos deshicieron la magia de la oscuridad proyectando en el techo desnudo las sombras de un pasado lejano. Desaparecieron los colores del otoño sublimados por el couché brillante de la oscuridad y aparecieron los primeros fragmentos de una película en blanco y negro que nada tenía que ver con el colorido de la sonrisa de mis hijas disfrutando de las hojas del liquidámbar en otoño. Apareciste tú, abuelo. Que habías marchado en el 36 y nunca te pudimos conocer. De ti teníamos dos mitos, una foto y la idea del anarquista que lo dio todo.

Cuando te enteraste de que se preparaba la resistencia, caminaste veloz a los cerros despoblados del frente con tu fusil en la mano, como el famoso soldado republicano de Robert Capa. Del horizonte cercano salían tormentas de mortero y las trepidantes balaceras de las emboscadas ponían las balas al lado de tus oídos. Las trompetas y los tambores tocaban a preparados, demasiado preparados. Disparaban de cerca, demasiado cerca. Te perforaron el hombro, te agujerearon el pecho, hasta que caíste violentamente de espaldas, entonces las rodillas se te quebraron como a un guiñol de madera, se te dislocaron el cuello y los brazos. Tu garganta quedó

estrangulada. Se acabaron los sueños. Se acabaron las promesas. Todo se acabó. ¡Abuelo!

La película se repetía ante mis ojos una y otra vez, aunque no puedo soportar las imágenes de guerra yo memorizaba sus fotogramas, la observaba lejana, como aquella que no tiene ningún tipo de implicación emocional. Yo solamente quería analizar tus gestos, quedarme con tu aspecto corporal, desentrañar tu carácter, conocer tu final, pensando que tal vez así pudiera obtener datos interesantes y clarificadores. Traté de desvelar el contexto de cada secuencia, estudiar quizá el remoto paraje donde habías sido muerto, pero cada vez que encontraba un ataúd, el cadáver desaparecía bajo la tierra, como fundido con las hojas de la hierba, esa cuna que se mece eternamente. Camuflado, transparente, desintegrado por completo, sin dejar un cuerpo, ni una gota de sangre, ni ningún vestigio insignificante, nada, no había nada que pudiera probar que exististe. Entonces fue cuando aparecieron unas casitas blancas en el paisaje y unos prados inmensos desfilaron ante mis ojos bordeados por unas pendientes llenas de matorrales que podría identificar en cuanto las volviera a ver. Un poquito más lejos, un bosque denso.

Y en ese momento lo supe.

Lo supe precisamente porque sentí la misma emoción que cuando ocurrió el incidente del ciclista. Yo te sentí. En algún lugar, no demasiado lejos. Por eso en ese momento supe que la verdad oculta durante 75 años estaba llamando a la puerta.

Una intensa emoción me sacudió y un imperceptible escalofrío recorrió mi cuerpo tendido. Y así llegaron las luces de la mañana, como una invitación a que me pusiera en marcha.

II. VISITA A TIA BLANCA

Podemos llegar a tener corazonadas, pulsaciones del corazón de nuestra inteligencia emocional. Podemos tener una fina intuición marcando todos los cruces de los caminos que recorreremos. Podemos haber desarrollado un sexto sentido que nos ayuda a distinguir algunas fuerzas magnéticas invisibles y nos permite percibir el contenido de los sutiles mensajes que ocultan. Podemos movernos, incluso, impelidos por unas ganas desmedidas de recuperar lo perdido. Pero las verdades no afloran por sí solas, no al menos las verdades que han sido profundamente enterradas en el tiempo.

Cuando decidí buscar el lugar donde descansaban tus huesos se me ocurrió ir a visitar a tía Blanca. En su casa estarían esperándome los recuerdos que la abuela le hubiese dejado al morir. Seguro que el cajón de la mesilla que siempre estaba cerrado con llave guardaría algún tesoro valioso para mi investigación. Tal vez un collar, un amuleto, alguna inscripción, tal vez algún papel arrugado, unas fotografías. Imaginé una fotografía tuya, de cuando eras joven, coloreada en sepia y desgastada, pero con una amorosa dedicatoria escrita a pluma en su reverso.

Tía Blanca era una persona dulce que siempre tenía una conversación amena y muy ocurrente. Sin embargo, se quedó extremadamente fría cuando conoció mis intenciones. “Pero qué crees que vas a poder encontrar, tú que ni tan siquiera eres capaz de imaginar lo que es una guerra”, me dijo súbitamente en la cocina con cierto desdén, mientras tomábamos una taza de café con leche. Desde el comienzo de nuestro diálogo ella se había removido, se sintió tan incómoda que comenzó a dirigirse a mí en el límite del sarcasmo, parecía que el simple hecho de haber pensado en buscarte la había ofendido. Yo me sentí muy sorprendida por aquella reacción inesperada, pero me di cuenta de que en nuestra familia las preguntas directas acarrearán respuestas torpes, por lo tanto debía encontrar el argumento adecuado para la cuestión que yo le planteaba porque de otra manera no progresaría en mi objetivo. Así es como pensé en quitarte a ti el protagonismo para dárselo a ella, para que la tensión disminuyera, para que eso le permitiese hablar.

Ella siempre ha sido tan dulce dentro de su pequeño mundo, que con mucha frecuencia sentía que se la menospreciaba. Me percaté de que yo no había incluido al comienzo de la conversación ningún comentario a los anteriores intentos de búsqueda, uno de los cuales fue protagonizado por ella misma cuando era joven.

Inclinó levemente hacia abajo la cabeza mientras su mirada se dirigía a las manos que tenía posadas en su regazo, sacó de su manga un pañuelo blanco bordado a mano y estiró sus bordes para desarrugar los pliegues con sus dedos. Con los ojos fijos en su precioso pañuelo, retrocedió 25 años para recordar

los tiempos en los que todas las noches sin excepción sintonizaba “La Pirenaica”. Tantas noches escuchando la voz de los antifranquistas que llegaba desde Rusia y Rumania, con la esperanza de saber algo sobre ti, o sobre alguien que pudiera saber algo de ti. Pero era demasiado ruidosa aquella sintonía para una necesidad tan sencilla como enorme, la de recuperarte, la de encontrar los cuatro puntos cardinales de tu esquila: cuándo, dónde, cómo y por qué. Al poco de morir Franco, recordó tía Blanca, cuando los que habían perdido la guerra llegaban de su exilio, ella solía acercarse a Alsasua. Allí preguntaba y buscaba a tus paisanos y conocidos intentando encontrar las diferentes piezas, identificarte en cada una y así poder unir las, llegar a construir finalmente el ansiado puzzle de tu historia.

Tía Blanca aprendió muchas cosas durante el tiempo que pasó buscando información sobre ti, pero no pudo encontrar lo que buscaba. Llegó a hablar con el hombre que delató a su abuelo José, mi bisabuelo. Un día, ese hombre la invitó a pasar dentro de su casa, y allí, delante de una gran fotografía de los reyes de España, sentado en el sofá de la sala de estar, le confesó que él había delatado a José Bermejo García por estar afiliado a UGT. Pero también por ser el juez de paz que se enfrentaba a la iglesia efectuando matrimonios civiles. Sí, así fue como tu padre pasó a formar parte de las listas negras de los sublevados contra la República. “Pero que Dios me libre” dijo con contundencia el delator, “nunca hubiera pensado que lo iban a matar, y de aquella manera, arrojando su cuerpo a las alimañas que habitaban en las simas de Urbasa”.

“Menuda víbora” sentencié, rompiendo el silencio; tía Blanca se había quedado enmudecida, con los ojos encendidos, como hipnotizada por las corolas de las flores de su pañuelo que daban vueltas en sus dedos al penoso ritmo de los dolores revividos por aquella incomprensible historia. Entonces ella guardó el pañuelo de nuevo en su manga y lo negó. “Al fin y al cabo era un buen hombre, o por lo menos, sincero”.

Las idas y venidas a Alsasua para buscar información sobre ti, las hacía sola tía Blanca, porque la abuela y todo su carácter se derrumbaban en cuanto pisaban la estación del tren; a pesar del tiempo transcurrido, estallaba en su interior el dolor que nunca supo superar. Su inmenso e incurable duelo la ahogaba en su propio llanto cuando revivía el día en que la expulsaron de allí con sus hijos, cuando tuvieron que salir dejándolo todo, cuando fueron miserablemente despojados de todo lo que tenían.

Su inmenso e incurable duelo por ti.

Sobre todo se acordaba de ti, la pérdida incalculable que jamás recuperaría.

En este punto, tía Blanca ya había olvidado toda la tensión inicial de nuestro encuentro, contenía la emoción y relataba las historias como si fuesen pasajes literarios, muchas veces entonaba como si fuese dueña de una primicia. Me habló de historias escuchadas en boca de la abuela o leídas en Navarra en 1936: de la esperanza al terror, como si las hubiera vivido en su propia carne.

Me contó que los sublevados entraron en Alsasua sin encontrar ninguna resistencia armada. Como si esto les enojase, convocaron a todas las personas en la plaza del pueblo y allí separaron a todos los que no habían nacido en Alsasua. Gente mayor, mujeres, niñas y niños, obreros venidos con el reclamo industrial de la moderna y potente Alsasua, aunque estuviesen arraigados en el pueblo; todos ellos fueron introducidos en camiones para ser expulsados de allí y ser llevados a su lugar de origen, al sitio en que habían nacido. En unas horas les obligaron a deshacer su vida para que, hacinados en unos camiones como si fuesen ganado, desandarán de nuevo el camino que habían recorrido hasta aquel pueblo que no puso resistencia armada a los sublevados. La abuela tenía unos 24 años y con sus dos hijos pequeños de la mano, la tía Blanca y mi padre, se acercó sumisamente al militar que estaba al mando a pedirle permiso para poder viajar a casa de sus padres a Zaragoza, porque en su pueblo natal, en Tolosa, no quedaba nadie que pudiera acogerles.

Tía Blanca lo alabó. Alabó a aquel mando militar por acceder a la petición de su madre, alabó su porte y su humanidad. Yo jamás he podido comprender esta empatía hacia un opresor.

En aquel momento abandonaron Alsasua pensando que estaban viviendo una situación de desamparo provisional, así que empaquetaron lo que podían llevar en sus manos y partieron para Zaragoza. Quince años después fue la demanda de mano de obra para trabajar en la industria papelera de Tolosa la que animó a la abuela a volver al origen del que habían partido tantos años atrás.

Fue entonces cuando recordé que mi padre me explicó una vez con un poco de vergüenza que él no deseaba irse de Zaragoza. “Aunque parezca mentira” me confesaba, como si aquello fuese una de esas tonterías que se piensan en la pubertad. El tenía 18 años, uno menos que tía Blanca, en aquel momento no eran conscientes de sus raíces, las habían olvidado en la tarea de amoldarse a la dureza de la nueva tierra que les había acogido. Ahora debían de abandonar por segunda vez el mundo conocido, despedirse de los amigos y viajar para comenzar de nuevo en otro lugar lejos de allí.

Se dirigían a una tierra que en el pasado les había odiado y despreciado brutalmente, pero la fuerza del deseo de la abuela Aurora estaba potenciada por el paso de los años y saltaba por encima de todo aquello.

III. TUS CARTAS

Pero ¿qué es lo que te ocurrió? ¿Cuándo y dónde fuiste atrapado por la fatalidad? ¿En qué agujero condenado? Son tantas las preguntas sin respuesta, pienso que apenas podríamos llenar una página con todas las frases sueltas que sabíamos de tu historia.

Ocurrió que los que se sublevaron contra la república traían órdenes de reprimir violentamente todo vestigio republicano que encontraran a su paso; después venían los requetés con las mismas consignas. Como en Alsasua no teníais recursos para hacerles frente, la noche anterior a su llegada os echasteis al monte, separados en pequeños grupos para poder sobrevivir. Pudisteis comprobar lo que luego aconteció en ese pueblo en el que las fábricas de portland y el ferrocarril habían cementado durante años las bases republicanas del Frente Popular. No podíais hacer nada para evitarlo, decidisteis enterrar allí mismo vuestra impotencia, bajo los fresnos, y partir en dirección a Ataun, para llegar a Beasain y de allí a Tolosa; desde Tolosa algunos partieron hacia Irun, a San Marcial. Allí organizasteis vuestra resistencia en defensa de la libertad, una resistencia en la que visteis, aprendisteis y practicasteis toda suerte de crueldades que manaban de aquel

terror desconocido que os trajo la guerra, una resistencia peor armada que el enemigo, con menos efectivos, sin experiencia militar. Finalmente tuvisteis que retiraros. Pero, lejos de tirar la toalla ante la derrota, algunos preferisteis ir al frente de Cataluña. Allí, como afiliado a la CNT, luchaste junto a tus compañeros anarquistas y, cuando perdisteis la guerra, atravesasteis los Pirineos con la esperanza de encontrar amparo en otro Estado. Pero ocurrió que la vía de escape resultó ser incluso más dura y horrorosa que la misma guerra, os obligaron a trabajos forzados, hacinados en campos de concentración, sitiados en un callejón sin salida, os enrolaron para hacer el trabajo sucio en otra guerra... Porque así es como en tiempo de represión las carambolas del destino repiten su perversa jugada y se pierde el rastro de las personas cuya miseria supera la de los perros callejeros, los desesperados que caminan como muertos en vida, los que cuando mueren parece que ya les habían robado la vida.

¿Cómo conocíamos estos hechos? ¿Quién y en qué momento nos transmitió estas historias? ¿Se trataba de verdades o eran simplemente hipótesis creíbles? ¿Fue alguien que estuvo contigo y que pudo volver para contarlo? Por segunda vez tía Blanca se revolvió ante mi curiosidad: “Pero ¿a santo de qué viene ese interés tan repentino?”. Yo sólo le dije un trocito de la verdad al respecto, que mis hijas debían de completar su árbol genealógico con motivo de una tarea que les habían puesto en la escuela, porque lo que yo no quería era darle ninguna pista sobre mi corazonada. Pero es que, además, en aquel momento ya no se trataba de una corazonada, te habías convertido en una obsesión. Tía Blanca me miraba con su ceño ligeramente fruncido y mirando las arrugas de su frente percibí

que intentaba creerme -según ella, agitar las aguas no iba a traer consigo más que dolor-, pero cuando le di mi palabra de que dejaría las cosas tal y como estaban, ella mencionó por vez primera tus cartas.

Me explicó que, por aquel entonces, en Zaragoza, la Guardia Civil peinaba constantemente las casas de la gente buscando maquis. Bueno, eso es lo que decían, la verdad es que registraban aquellos infelices hogares que alojaban a familias desdichadas, rotas por la guerra, y les avergonzaban con sus burlas, les amedrentaban con sus amenazas, les infundían miedo con sus gritos; allí y así aprendieron tus hijos lo que es la humillación. “Todos vosotros deberíais de estar muertos” gritó un guardia una vez mientras apoyaba la punta del cañón de su fusil en la frente de mi padre, que tan sólo tenía cinco años. Por miedo a revelar pistas sobre tu paradero, por miedo a que pudieran relacionarles contigo en aquel momento, la abuela destruía tus cartas inmediatamente después de haberlas leído.

Cuando terminó de contarme esta historia, la tía se levantó, me hizo un gesto para que me quedase sentada donde estaba y sin decir palabra, desapareció silenciosamente por el oscuro pasillo; caminaba con un sigilo tan extremo que ni sus pasos se escuchaban y yo no podía saber por dónde se movía. Al cabo de diez minutos apareció con sus gafas puestas y una caja de metal en la mano. Al primer golpe de vista pude ver que en la caja aparecía grabada la frase “Nuestra Señora del Pilar”. Cuando la caja estuvo frente a mí, encima de la mesa, el río Ebro, la Basílica, la Virgen, en fin, pude ver representada en cada cara de aquella caja toda la ostentación de Zaragoza y los zaragozanos.

El óxido dificultó su apertura, yo sentía la tensión de aquellos momentos mientras tía Blanca forcejeaba con la caja; era como si me tensara la piel de la nuca. Finalmente sacó del interior unos papeles amarillentos con sus dedos temblorosos por el esfuerzo y la emoción, se trataba de media docena de páginas de papel cuadriculado, dobladas en cuatro pliegues. Eran tus manuscritos, los únicos que habían superado aquella autocensura que se imponía la abuela por miedo a la Guardia Civil; se habían salvado escondidos en el forro de un misal. Suavemente, con mucho cuidado, como si se tratara de unas frágiles alas de mariposa, la tía Blanca fue desplegando una por una aquellas cartas, despacito, sin apretar, con miedo a que se rompieran. Una por una las fue ordenando cronológicamente, una por una me las fue dando y mientras me las daba me avisó: “Las puedes leer, pero estas cartas no se mueven de aquí, no mientras yo viva”.

31 de diciembre de 1940, Marsella

Muy queridísimos primos y primas. Después de un largo silencio de varios meses, vuelvo a coger la pluma para escribiros, esperando que seáis comprensivos con lo que os voy a contar. Después de llevar durante largo tiempo una torcida existencia, me encuentro de nuevo en prisión. No obstante, no he perdido la esperanza de que me liberen dentro de unos pocos meses.

A la recepción de esta correspondencia, os agradecería infinitamente que me mandaseis algo de ropa, y si

pudieseis enviarme 25 pesetas en carta certificada. Y si la situación actual os lo permitiera y quisierais mandarme algo más, yo os prometo que os lo devolvería todo en unos cuantos meses. Solicito además de vosotros que os pongáis en contacto con el tío de Pamplona, por si él también deseara ayudarme.

Este mes que viene cumplirán años mis dos queridos hijitos, mi Valentinico y mi Blanquica. Ni siquiera podré felicitarles, porque no me llega ni para sellos. Qué desgracia la mía...

14 de marzo de 1941, Marsella

Mi muy querida esposa Aurora. Al recibo de la presente te deseo salud al lado de tus padres y de nuestros queridos hijitos. Yo me encuentro bien, a Dios gracias.

Ayer día 13 recibí tu carta, fechada el día 27 del mes pasado. Como ves, ha necesitado en total 14 días para llegar a mis manos. He esperado ansiosamente esta carta, porque no sabía si iba a llegarme correctamente. Si se hubiera creado confusión por causa de la antigua dirección que tuve habría perdido la carta para siempre. Veo que te has relacionado con los primos. Esta vez el viento me sopla a favor.

No sabes qué alegría me ha dado saber que el cuñado se encuentra con vosotros. Y al mismo tiempo la nostalgia me ha vuelto a romper el corazón, porque me

han venido a la mente aquellos años tan felices, aquellos tiempos en que tenía a mis queridos hijitos al lado.

Hoy no nos queda más remedio que tener paciencia durante unos meses, pero van a ser unos meses muy dolorosos. Porque se nos ha negado la felicidad, por razones completamente ajenas a las razones que emanan de nuestros corazones.

Tengo malas nuevas que darte. Ya te habrás enterado de que ya no estoy en el ejército. A pesar de que conseguí salir de aquel embrollo, ahora me encuentro sumido en otro peor: me han condenado a dos años de prisión por la documentación. Solamente la esperanza de poder salir en unos meses me mantiene en pie. Espero que os toméis la mala noticia con calma.

¡Me acuerdo tanto de vosotros! Así como de mi desgracia. Por falta de dinero he tenido que renunciar a revisar mi condena, por no poder pagar al abogado que me defendiese. Lloro en silencio día tras día, me deshago en lágrimas. No puedo soportar el dolor que todo esto me produce. Si tal y como espero, dentro de unos pocos meses salgo de aquí, no dudes en que al poco me tendrás en tierras de Cataluña. Tal y como te dije, espero que me mandes la documentación cuanto antes. Mándamela a esta misma cárcel. Carezco de documentos que acrediten quien soy.

Aurora, hace ya dos años que llegué a Francia. Han sido dos años duros y nefastos, teniendo que soportar

miserias de todo tipo: campos de concentración, trabajos forzados, cárceles.

Si tus padres estuvieren enfadados conmigo, te ruego que hagas lo posible para que no me tengan rencor. Siempre me he dirigido a ellos con respeto, y no deseo más que salir de aquí cuanto antes, para poder abrazarlos, igual que a vosotros.

Un saludo sincero de este que os quiere de corazón.

No pude leer la tercera carta.

Ni tan siquiera pude abrirla en aquel momento, pero no fue la tristeza sino la rabia lo que me lo impidió, una rabia profunda, un odio. Yo podía visualizar y sentir ahora aquella grotesca injusticia, como si la dimensión del tiempo se hubiera distorsionado. Y sufrí. Yo sufrí como si aquella remota maldición se estuviera recreando en mí en aquel mismo instante. Poco a poco metí aire en mis pulmones, profundamente, ansiando la calma, busqué mi diafragma, normalicé mi respiración y, entonces, me percaté de que mi tía no estaba a la vista. El silencio que envolvía aquel encuentro contigo la había alejado y nos había dejado a solas, a ti y a mí, para que la impotencia acumulada entre generaciones surgiese de la borrosa tinta y se presentase amarilla ante mi cara, para que el aire entre el papel y mis pupilas se hiciese tan denso en nuestra soledad que amortiguara su impacto.

Rápidamente reaccioné, saqué del bolso el teléfono que acababa de regalarme mi marido, un aparato de última generación. Con su cámara fotográfica de alta resolución enfoqué tus cartas una a una y, trozo a trozo, las fui fotografiando todo lo nítidamente que pude.

Cuando volvió tía Blanca no me había dado tiempo a guardar el teléfono, así que fingí responder mis mensajes. Ella recogió las cartas y las devolvió a su sitio mientras yo me sentí extrañada de irme con la conciencia tan tranquila a pesar de haberla engañado: llevaba digitalizado en mi móvil el punto de partida.

IV. LO QUE DIJISTE A MI PADRE

Tus cartas me acompañaron durante mucho tiempo.

Las pasé del teléfono móvil al ordenador, donde pude recomponerlas e imprimirlas; luego hice un sitio para ellas en el bolso, al lado de mis cosas cotidianas. Eran las palabras pensadas por ti, escritas por ti para contarnos lo que te ocurría, lo que planeabas, lo que te dolía, en mi bolso me acompañaban y con ellas me acompañaba todo ello. Allí, cuidadosamente dobladas, cumplían la función de las fotografías que se suelen llevar en la cartera: reforzaban nuestro vínculo, me recordaban la responsabilidad que había adquirido contigo, ahondaban en nuestra familiaridad. Pero yo sabía que no las podía enseñar.

En cierta ocasión me hicieron pasar un mal rato; debió de ser por navidades, o, tal vez, en otra de esas celebraciones en las que se junta toda la familia. Estábamos esperando para sentarnos a la mesa cuando el hijo de mi hermana pequeña cogió mi bolso y decidió examinar detalladamente aquel objeto tan repleto. Sin decir nada comenzó a revolver lo que había en él, sacaba fuera todo lo que sus manitas tocaban y el contenido iba quedando allí, expuesto en el mismo suelo, a la vista de

todos. Tía Blanca estaba a mi lado y no sé muy bien lo que hubiera pasado si yo no hubiese reaccionado a tiempo de impedir que las pequeñas zarpas de Unai llegasen al bolsillo interior en el que guardaba tus cartas. Sin decir palabra, tiré del bolso y se lo quité, al fin y al cabo, era mi bolso y estaba en mi derecho. Mi hermana Leire observaba toda la escena y, como siempre está dispuesta a ser la sal y pimienta de estas reuniones en las que nos juntamos mucha gente, quiso preguntarme con humor no exento de malicia: “¿Es que acaso nos ocultas algún gran secreto?”. Con toda la naturalidad que me fue posible le contesté: “No, mujer, los grandes secretos los guardo en casa, sólo salgo de paseo con los que puedo llevar en el pequeño bolsillo interior de mi bolso”. Riendo a carcajadas, cogió a Unai en sus brazos y se lo llevó a la cocina para ver si encontraba otra colección de objetos con la que entretener a su hijo. Cuando atravesaba el pasillo la pude oír burlarse de mí a gritos: “Bakartxo se ha echado un amante”. ¡Qué pedazo de chorlito!

Nuestra madre nos miraba con el ceño fruncido y le salió esa mueca que tanto repetía y que parecía decir “Ya están esas dos enzarzadas una vez más. ¡Como siempre!”. Por lo demás, allí cada uno andaba con sus cosas. Mi padre estaba pendiente del horno, aquel cordero debía de quedar en su punto; mis dos hermanos discutían -de política, cómo no-, disfrutaban con el desacuerdo, cuando Aitor decía que negro, Mikel le replicaba que blanco, y viceversa. Pero irían juntos hasta el fin del mundo. Mi otra hermana, Ixiar, cuando salió del baño se arrimó a Leire para seguir con sus bromas, eran capaces de pasarse así horas y horas. Porque en casa las cosas ocurren así, aunque somos una familia numerosa, nos agrupamos de dos

en dos y cada pareja se constituye como un ecosistema cerrado y autónomo. Menos yo. Yo soy la impar. Y todos los que se han ido agregando, sean esposas, maridos, hijos e hijas, no han hecho más que resaltar esas líneas divisorias.

Mis hermanas me tomaron el pelo durante toda la comida, y, aunque pienso que nadie lo creyó, dio mucho juego el cuento del amante.

Tus cartas estaban siempre conmigo a pesar de que apenas sentía la necesidad de releerlas. Su simple presencia, el simple hecho de tenerlas cerca, se había convertido en el mejor antídoto que yo poseía contra la profunda confusión que me producían las noches en vela perdida entre libros y enciclopedias sobre la guerra. Cuanto más me documentaba sobre esa destrucción generalizada que fue la contienda, más largo se me hacía el túnel. La presencia de tus cartas, como si se tratase de tu presencia, me reconducía a preguntas más detalladas, a miserias más concretas, a lugares más determinados y a fechas en las que tú existías. A la prisión de Marsella. A Cataluña. A tus papeles de identidad. Al ejército. Pero ¿a qué ejército?

Tal vez al alemán. Muy probablemente. Para muchos de los exiliados que apresaron en los campos de concentración de la Francia ocupada, la única opción para seguir con vida fue la de ponerse a las órdenes de los invasores. Los pusieron entre la espada y la pared. “O haces lo que se te dice, o te enviamos de vuelta con Franco”. Pudo pasarte a ti también. Que te amenazasen de ese modo...

Tus cartas. En medio de aquel desorden empezó a sobresalir la última de tus cartas, eclipsando a todas las demás. Mi padre ya era un mozo cuando se la enviaste para transmitirle esperanza, para prometerle un futuro mejor, para enseñarle el camino que os podría unir...

11 de julio de 1944, San Juan de Luz

Queridísimo Valentín, he comenzado a escribirte nada más leer tus últimas líneas. Antes que nada, quiero decirte que estoy muy orgulloso de ti y te prometo que después de haber sufrido tanto, pronto cambiará tu vida para siempre (a más tardar en seis meses). Ya te lo expliqué hace tres años, cuando me vi metido en este embrollo sin tener ninguna culpa, que, si conseguía salir vivo, os daría una vida mejor desde el momento en que pudiese llegar hasta vosotros.

Me vienen imágenes preciosas a la memoria. De un niño pequeño, que, con apenas tres años, solía querer acompañar a su padre a todos los lados y ayudarle en todo... Ya no te acordarás. Cómo me agradecías que te dejara venir conmigo al río. Te encantaba jugar en la orilla, sacar los peces de la red, llenar el carro de verduras. ¡Igual que si fueras un mozo lozano de 18 años!

Como te he dicho antes, pronto volverá aquella paz que dejamos atrás. Por suerte, cuento con recursos y ya tengo echado el ojo a la casa que habitaremos, aunque esté lejos de lo que fue nuestro hogar. Os ha llegado el

momento de cambiar el modo de vida, el mío hace mucho que cambió. Ya no soy aquel padre alegre y juguetón. Aquel padre murió. Vuestro padre actual es más huraño, más serio, más hosco y está amargado por todo lo que le ha ocurrido en el pasado, ya casi no le quedan amigos. Espero que seas aplicado en el colegio, que pongas todo el empeño posible por aprender. Necesito que tengas esa actitud.

Os da un gran abrazo y se despide este que os quiere de corazón, con la esperanza de que pronto estemos juntos.

Post-data: escribidme a Casa Pantaleón. Dantxaria.

En el reverso de la carta te dirigiste a la abuela:

Querida esposa, acepta este consejo para cuando planees venir. Sabrás que me encuentro en zona prohibida, por lo tanto no lo vayas a mencionar cuando vayas a pedir el permiso para salir de Zaragoza, porque te lo negarán. Sin dar más explicación, di que quieres ir a Elizondo. Una vez allí coges el autocar que te traerá hasta aquí. No te preocupes por no llevar el permiso para hacer ese tramo, nadie te pedirá cuentas.

Así es como lo hacen los demás.

Pero es curioso. Mi padre no ha retenido ningún recuerdo sobre ti. El no tiene nada que te simbolice, ni una fotografía, ni un objeto, ni recuerdos, ni vivencias, ni cartas en la memoria; él solo tiene el gran agujero que dejó tu ausencia. Si alguna vez tuvo algo de eso, hace ya tiempo que desapareció de su conciencia, mientras aumentaba su síndrome de huérfano.

Aunque es posible que esté equivocada, hubo una temporada en que le oímos decir que él, de pequeño, soñaba con ser maquinista, conductor de trenes, con su uniforme y todo. A nosotros nos pareció que podía tratarse de un intento por encontrar algo positivo a aquellos oscuros años de su niñez, tal vez reconocer una pizca de nostalgia en el negro paréntesis que fue Zaragoza. No lo sé. Nos contó que los días que no tenía que correr de la escuela a casa para ayudar a su madre solía ir a los pastizales de las afueras para contemplar los trenes que pasaban con sus locomotoras silbando. Los días que estaba más animado corría tras ellos hasta que no podía más, como si quisiera atrapar algo inalcanzable. Me vino a la memoria la película Superman y aquella famosa escena en la que Clark Kent le echaba una carrera al tren.

El día que cumplió 75 años regalamos un tren de juguete a nuestro padre. Nosotros pensábamos que lo pondría en marcha en cuanto abriera el paquete, que se pondría la visera aunque tan solo fuera por un día y que se autonombraría jefe de conductores de tren. Nosotros pensábamos que sus nietos gozarían con su juego. Pero no ocurrió así. Ni siquiera quitó el celofán que recubría el paquete, se limitó a contemplar la caja durante unos cinco minutos y después, cogiéndolo como si de un jarrón frágil se tratase, lo colocó bajo el brazo y se lo llevó

lejos de la vista de todos. Lo escondió, lo guardó sólo para él, del mismo modo que había hecho la tía con tus cartas.

Fuiste trabajador ferroviario en Alsasua y cuentan que aprovechabas el permiso especial que te permitía utilizar las líneas para llevar de viaje a tu mujer y a tus hijos a Donostia, a pasar el día al sol del verano. Belle Epoque.

V. CADÁVERES

Una vez escuché a mi difunta abuela decir que la paz se impuso sobre cadáveres. Y me la imaginé de pie, con el pelo todavía negro y su piel tersa, vestida de domingo y rodeada de cuerpos inertes, cuerpos poseídos violentamente por la muerte. Eran cadáveres desfigurados por los golpes, mutilados por las minas, agujereados por las ametralladoras, tiroteados en sus casas, fusilados en los cementerios, reventados por las granadas, sometidos en las cárceles, desangrados en las cunetas, torturados por el odio, por la guerra, humillados en las plazas, víctimas del hambre y de la enfermedad, cadáveres de todos los lados de la barricada, todos juntos allí, mezclados bajo sus pies. Todos yaciendo sin desearlo bajo la paz, todos caídos sobre la tierra calcinada.

“Ya lo sé”. Yo creo que eso es lo que respondí, pero lo que sí recuerdo es que lo dije como quien responde a algo obvio. ¿Pero acaso una guerra no es matarse mutuamente? ¿No es la guerra precisamente un problema aritmético que se resuelve contabilizando cuerpos? O contabilizando destrucción, el que mayor capacidad tenga para la suma, ese es el que gana. La muchacha adolescente que yo era en aquel momento sólo sabía articular explicaciones redundantes sobre aquella frase,

sin alejarse demasiado de lo visible, aquel montón de cuerpos humanos y su vida arrebatada sobre la tierra calcinada.

Como la mayor parte de las imágenes de la juventud, tuve que ajustar mi percepción poco a poco, a medida que aprendía con el paso del tiempo. Así, dentro de aquel paisaje dantesco, tuve que desvestir a la abuela de su vestido de domingo y vestirla al modo de las criadas que servían en las casas de los dueños de las fábricas de papel. Le bajé la mirada. Colgué una cruz de su cuello. Ahora, a su lado, aparece un nuevo cadáver, más terrible si cabe que el resto de la caótica suma de cadáveres y más cerca de ella que cualquier otro; lo lleva pegado como una sombra. Es su otro yo. Es el cadáver de su alter ego, es la abuela Aurora de antes de la guerra, la Aurora inocente, la Aurora no creyente, la Aurora progresista, la Aurora militante, la Aurora trabajadora... la Aurora perdedora, dicho en un solo adjetivo, la Aurora que se quedó sin derecho a existir. Ella misma la ha tenido que matar. Para poder sobrevivir. Para poder seguir adelante. Por sus hijos.

¿Qué hubieras hecho tú en su lugar? ¿Qué hiciste tú, perdedor entre perdedores, allá donde te encontraras...? Porque, según en qué circunstancias, uno puede morir sin llegar a desaparecer del todo. Porque también puede uno desaparecer sin morir. Y uno puede convertirse en polvo, o abono para la tierra, o difunto y, además, desaparecer, convertirse en nada, fundirse con el vacío. Y también, a pesar de suicidarse, quedarse físicamente en este mundo, claro está.

Pero ¿qué digo? Si fuiste tú mismo el que utilizó esta misma metáfora. Saqué la carta que llevaba en el bolso y la repasé,

leyendo desde el final hacia el principio, buscando la frase que regeneraba sobre el papel el eco de la voz de la abuela: “ya no soy el padre juguetero y agradable que fui. Aquel murió”.

Por lo tanto erais seres suicidados, suicidada ideológicamente ella y suicidado emocionalmente tú, ambos suicidados bajo un cielo que no amainaba. ¿Cómo se hace frente a la tormenta en esa situación? ¿Hay que desatarse y dejarse llevar por lo que viene o hay que aferrarse a toda costa al mástil agrietado?

El trabalenguas que acababa de descubrir me condujo a las puertas de una nueva dimensión. Me encontré en una atalaya mirando hacia la dirección en que cualquier cosa era posible, y comencé a navegar por Internet, pero no del modo que lo había hecho hasta entonces. No busqué en los sitios de costumbre, ni en las bases de datos sobre la guerra, ni en los archivos de la memoria histórica, ni en los libros sobre los militantes del bando de los perdedores, ni en camposantos, ni en ningún observatorio parecido. Yo te trasladé al mundo de los vivos y, disimuladamente, convertí a mi marido en mi ayudante.

-¿A dónde te dirigirías si tuvieras que localizar a alguien? -le pregunté de repente un día, cuando volvía de su trabajo. Casi no le di tiempo ni para quitarse el abrigo, pero él me respondió rápidamente, dando importancia a las inmensas ganas que yo tenía por saber cómo iba a responder a una pregunta tan general como la que acababa de hacerle.

-A las Páginas Blancas.

He ahí Edu. He ahí su creatividad, siempre atribuida a la lógica de la practicidad. Se acercó a mí por detrás y, alargando los brazos sobre mis hombros hasta alcanzar el teclado del ordenador, tecleó en la ventana del navegador la dirección que me llevaría hasta la guía telefónica. Probablemente, él pensaba que se trataba de buscar a alguien de por aquí cerca, del mismo Hendaia: www.pagesjeunes.fr/pagesblanches.

Por mi cabeza corrió la idea de que estaba a punto de hacer la mayor tontería que había hecho en mucho tiempo. Sin embargo, alivié el cargo de conciencia mirando las cajas de texto del formulario que se presentaba ante mis ojos. “No es más que un juego”, dije a mi lado más rígido. Así, pulsando letra a letra, tecleé el último dato vinculante: Apellido. B-e-r-m-e-j-o.

En menos de dos segundos apareció la respuesta en la pantalla; “251 réponses en France entière”, Por supuesto, ninguna de ellas era tu nombre. Pero ¿quiénes eran todos aquellos Bermejo? ¿Quién era ese tal David?, o P., o Nadégem o Federico, o Lisa. Y qué es lo que los ancló en Niza, en Bellegarde sur Balserine, en Carcassonne, en Aubin, en Aix en Provence, en Marsella... ¿en Marsella?

Me quedé mirando fijamente la pantalla durante tres o cuatro minutos. Después imprimí la lista. De hecho, ¿qué es lo que tendría entre manos si hubieras sobrevivido más de lo que nosotros pensábamos? ¿Qué sería el presente si hubieras seguido adelante, dándonos la espalda, si hubieras vivido aunque estuvieras muerto para nosotros, y si hubieras tenido como la gente normal un entorno, amigos, compañeros, familia

e incluso descendencia? ¿Sería eso posible? ¿A qué precio? A pesar de que me asegurara a mi misma que no se trataba más que de un juego soñador que no me llevaría a ninguna parte, debo de reconocer que me sentí como nunca me había sentido bajo el disfraz de detective, sentí que olfatear de ese modo me vitaminaba mucho más de lo que hubiera pensado.

La simple ocurrencia me obligaba a tener mucho cuidado, pero al mismo tiempo me pedía valentía, tal vez un poco de cinismo también, porque me empujaba a deshacer en pedazos la historia aprendida en casa sin tener la seguridad de que pudiera recomponerse más tarde.

Me pareció que lo más adecuado iba a ser enviar una carta a cada nombre de la lista, o, por lo menos, a la mayor parte de los que tenían una dirección donde poder mandarla. Al redactarla me escondí bajo otro nombre, no sé si fue por vergüenza o por precaución, pero me inventé el nombre del remitente, tenía que evitar poner mi apellido para que el receptor no pensara que era presa de una broma de mal gusto.

Me pareció oportuno utilizar el apellido de mi marido, el “nombre de familia”, al fin y al cabo aplicaba para Francia el protocolo francés, tal y como me lo suelen aplicar a mí. Esta vez iba a utilizarlo a mi favor. Y también me inventé una coartada en cuanto a mi oficio.

En la ficción que rondaba mi cabeza, no pegaba mucho la versión casera de inspector Clouseau:

Hendaia, 28 de octubre de 2012

Señor/señora Bermejo

Antes de nada, pido perdón por mi escaso nivel de francés. Me llamo Barkartxo Hernandorena, soy periodista. Llevo tiempo investigando a los navarros desaparecidos en la Guerra Civil Española, con el fin de elaborar un reportaje con los datos que pudiera reunir. En el censo de los desaparecidos se encuentra el soldado anarquista José Bermejo Zabaleta, natural de Alsasua, que en 1939 buscó refugio en Francia. Se le perdió la pista hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, entonces tendría unos 30 años.

Me dirijo a usted por tener el mismo apellido que el desaparecido, pidiéndole que si fuera de la misma sangre, o si supiera de él, me diese información, por muy lejana o vieja que le vaya a parecer. Sepa usted que cualquier detalle, por muy insignificante que pudiera parecer, me sería de gran ayuda.

Le agradecería igualmente que si usted no tuviera nada que ver con dicha persona, o si llevar el mismo apellido fuera una mera casualidad, me lo hiciera saber igualmente, para que pueda actualizar la lista.

Sin más que añadir, me despido con un grato saludo.

Muchas gracias de antemano.

El número de teléfono de casa, la dirección postal y la dirección del correo electrónico creado expresamente con mi nuevo apellido pusieron fin a la carta.

VI. CON LA EXCUSA DEL APELLIDO

La gente tiene corazón. Suele tener la buena intención de ayudar al prójimo, y realmente se esfuerza en ello cuando ha entendido lo que provoca la desdicha. O cuando alguna cosa, como un apellido, el lugar de origen, el pasado, un hecho vivido o cualquier detalle, sea por coincidencia o por desgracia, pone a uno a la altura del otro. Créeme cuando te digo que nunca hubiera apostado por ello, ni siquiera un triste céntimo, jamás, hasta que me puse a enviar las cartas.

Estuve recibiendo respuestas a mis cartas durante meses. Llegaban de una en una, me respondían en cuanto recibían mi carta y la mayoría lo hacía por correo electrónico. Todas solían empezar de manera muy parecida, introducían un pequeño guiño solidario en la cabecera para luego expresar con frases cariñosas y tiernas unas explicaciones que la mayoría de las veces eran muy íntimas, llenas de dolor y de duelo, que intentaban servir de ayuda en mi búsqueda: “Nuestro nombre de familia es Bermejo, pero no creo que tengamos que ver con el soldado que usted describe, pues no conozco a ningún José entre mis familiares. Sin embargo, el abuelo Julián debió perder a su hermano mayor, que también perseguía una utopía, en la batalla de Teruel. Se llamaba Manuel”.

Otra persona que me escribió me contó lo siguiente: “Mis padres llegaron a Francia poco antes de la fecha que nos señala. En su tierra no había más que hambre y miseria. Enseguida pudieron comprobar que aquí, cuando proclamaban a los cuatro vientos libertad, igualdad y fraternidad, en realidad no se estaban refiriendo a ellos. Los inmigrantes pobres del sur que venían de España, Italia o Portugal no eran considerados sujetos de aquella trilogía emblemática de los acogedores, eran tan menospreciados que tuvieron que ocuparse de los trabajos que nadie quería para sí mismo; a cambio se les pagó con el desdén y la exclusión...”.

A.M. Bermejo, una mujer divorciada, me confesó que en realidad el apellido lo llevaba desde que se casó, pero que al separarse decidió seguir adelante con el mismo apellido, sobre todo por la costumbre, pero también “para no tener que inventarse toda una vida que no deseaba llevar”. Dicho sea de paso, se le olvidó comentarme cual era el nombre de pila de su ex-marido, de manera que no le pude poner la correspondiente cruz en mi lista. Pero sí que se esmeró en subrayarme su enfado, me habló de ello en dos o tres párrafos, mencionando incluso su incapacidad para tener hijos. También me habló de su suegro, de lo generoso que era; él sí que se llamaba José pero no se apellidaba Bermejo Zabaleta. Su nombre completo era José Ignacio Bermejo Portillo, un buen hombre que jamás cogió un arma. Esta mujer me dijo que si necesitaba alguna confirmación, podía fotocopiarle alguno de sus documentos. Yo le di las gracias de corazón, pero le respondí que no hacía falta porque su palabra me valía tanto o más que cualquier documento oficial.

La única carta que me llegó de por aquí cerca me la envió Jean-Pierre Bermejo, desde la capital de la Baja Navarra. Había nacido en Argel. El año en que él vino al mundo su padre se marchó alegre y lleno de ánimo a España para unirse a las tropas republicanas, pensando que el alzamiento de Franco tenía los días contados. Realmente lo que su padre deseaba era recuperar de paso las tierras que le habían sido robadas por la Iglesia en Jaén. Pero lo que ocurrió fue que el padre de Jean-Pierre, un tal Joséph, lo pasó muy mal en la guerra, sobrevivió, pero “para morir de la manera más tonta” al poco de volver a Argelia. Unas horas antes de morir, ya agonizante, hizo prometer a su hijo que “hiciera todo lo que estuviese en su mano para recuperar el patrimonio que le correspondía por derecho propio”. Jean-Pierre, que en aquel momento era un chaval de pantalón corto, ahora se lamentaba: “y aquí sigo, atemorizado porque esta enfermedad que deja todos los huesos doloridos me puede matar un día de estos, habiendo tocado fondo y sabiendo que jamás podré cumplir la palabra que le di a mi padre en su lecho de muerte”.

En aquella época yo abría toda la correspondencia con un ansia hambrienta de misterio, tanto la correspondencia postal como el correo electrónico, esperando que la cadena de amistad que se había creado con la excusa del apellido pudiera darme un nuevo capítulo sobre tu historia. Sin embargo, después de leer unas cuantas cartas, el punto de partida quedó en segundo plano, ya no era saber de ti, parecía que los trozos de vida que recibía y vivía de los extraños que me escribían prevalecían por encima de ti. Igual que en el resto de la vida real.

-Sí, dígame-. Descolgué el teléfono y contesté secamente porque el número que aparecía en la pequeña ventana del aparato me resultaba desconocido. Al mismo tiempo me preguntaba quién podía querer ponerse en contacto con nosotros, llamando directamente a nuestra casa. Curiosamente, ya me había olvidado de que las cosas referentes a nuestro tema pudieran llegar de otro modo que no fuera el escrito.

Mis extrañas palabras, mi idioma, hicieron que la persona que se encontraba al otro lado de la línea dudara un par de segundos. Después, una voz gruesa de mujer preguntó por la señora Hernandorena, como si fuese una de esas tantas personas que te llaman por teléfono para intentar vender algo. Cuando le respondí que era yo, comenzó a hablar atropelladamente, en voz muy alta, como si quisiera tapar con su voz el ruido que se oía de fondo. Apenas podía entender lo que decía pero tampoco me importaba mucho la conversación con aquella supuesta vendedora, hasta que casi tartamudeando mencionó lo que parecía tu nombre: *Ber... Ber-me-jo... peut-être le grand-père de mon petit-ami... bla-bla-bla... deçu il y a longtemps...*

Le quise decir que parase esa voz que ni tan siquiera se había preocupado en presentarse. Le quise rogar que hablase más despacio, aunque sólo fuese para corroborar las palabras sueltas que yo había sido capaz de entenderle. Pero estaba paralizada, no pude hacer nada más que coger el aparato con las dos manos y apretarlo fuertemente contra mi oído, sólo un simple y tonto *Merci beaucoup* salió finalmente de mi boca.

En cuanto colgué el teléfono corrí hacia la mesa dando trompicones y haciendo eses, cogí el lápiz y escribí todo aquello que creí entender en aquel torbellino de palabras, pensando que, tras preparar las preguntas y haberlas ensayado como para decirlas en francés, devolvería la llamada y así podría aclarar los datos que me faltaban.

Bermejo, a secas, Toulouse, Lyon. 1958, tal vez 1948. Vivió en esas ciudades, murió por aquella época... Podía tratarse de ti. ¿Por qué no?

Pero ¿quién me había llamado de parte de su novio? ¿Por quién tenía que preguntar cuando marcara el número? Bueno, ¿y quién era el novio? ¿A quién debía de subrayar en mi lista?

Repasé las frases una y otra vez hasta que me las aprendí de memoria. Me hicieron falta dos tardes. Mi falta de reflejos, mi precario francés y el miedo a hacer el ridículo me impidieron hacerlo antes.

Me dijeron que me había confundido, que allí no había nadie con el apellido Bermejo, que había llamado al restaurante de Campanille, un hotel de una conocida cadena en la ciudad de Arnage, situada a algunos kilómetros de Le Mans, perteneciente al departamento 72. Al menos pude entender perfectamente a la mujer que me atendió, me dijo que debió de llamarme algún cliente desde el teléfono de monedas que tienen en el descansillo de los baños. Que pudo haber sido cualquier persona puesto que por ese hotel pasan muchos camioneros, agentes comerciales de empresas y también muchos turistas que vienen a visitar el lago. Que no, que

desgraciadamente no podía desvelar el registro del hotel, que ya ver qué me pensaba!, me preguntó si acaso no conocía la ley de privacidad.

En Hendaia también hay un hotel Campanille, se parece a esos moteles que aparecen en las películas americanas, con su ancho aparcamiento delante y todas sus habitaciones iguales, con la puerta y la ventana hacia el exterior, muy discreto; de calidad justita pero limpio. En un edificio clonado al estilo del Campanille de Hendaia, deslizándome un poco más hacia arriba en el mapa hasta encontrar la ciudad de Le Mans, imaginé a una pareja de mediana edad, un hombre escaldado por la vida y una mujer inocente, bondadosa. Acaban de salir de la habitación que han ocupado, y caminando por un pasillo en L se dirigen hacia el restaurante del hotel para cenar algo. Sentados a la mesa, medio en broma, medio en serio, han empezado a discutir sobre una carta que el hombre ha dado a leer a la mujer un poco antes. La mujer le incita a que me llame: “Venga, hombre, llama, le harás un gran favor a esa mujer, Hernandorena, no te cuesta gran cosa”. “Te he enseñado la carta porque es una cosa curiosa -le responde el hombre-, no porque vaya a hacerle caso, vete a saber qué trampa esconde”. “Pues no tiene el aspecto de una trampa, la verdad, te ha puesto su nombre, su teléfono, su dirección y todo lo demás de manera clara, los tramposos no hacen eso. Además, sólo pide que le respondas a una pregunta muy concreta”, dice ella. “Pero ¡mira que eres inocente! -le echa en cara el hombre-, siempre empiezan preguntando una tontería, y luego viene lo demás, cuando te das cuenta estás pringado hasta el cuello”. “Ya, pero ¿si es de verdad? -insiste la mujer-. ¿Y si está preocupada por tu abuelo? ¿No te da mala

conciencia? ¿Y si hay recompensa?”. “Pues yo no pienso llamar”, se atrinchera el hombre. “Mira que eres desconfiado y mal pensado”. “Pues tú eres una tontorróna inocente”. “¡Llama, hombre! Si no lo quieres hacer desde tu móvil, hazlo desde la cabina de ahí, es una buena hora y no necesitas más que dos o tres monedas. Así cenaremos en paz”. “¡Ay! mujer, cállate ya”. “Dame el papel a mí, anda, que lo haré yo misma. Necesitaré alguna moneda...”.

Cuando dejé de jugar con mi imaginación, sentí por primera vez que estaba perdida en la inmensidad de las aguas de un océano, me sentí como si yo fuera media cáscara de nuez flotando en medio del mar.

Y tú, un marino que naufragó en la Atlántida.

VII. LA GENEALOGÍA

Las cartas dejaron de llegar y el invierno se me fue sin haberte dedicado una sola línea. Cada vez que cogía un papel para empezar a escribir, era incapaz de encontrar la manera de continuar. Cada vez que cogía la pluma para volverlo a intentar sólo me saban frases desconectadas que me apresuraba a borrar.

Aquella llamada me había encogido el estómago.

No sabía si se habían burlado de mí, si había hecho el imbécil o si había dejado volar demasiado a mi fantasía con la historia de aquella pareja en el hotel. Por un lado, comprendía la cerrazón de mi tía, aceptaba el distanciamiento de mi padre, reconocía el pacto secreto que tenían los dos para no hablar nunca sobre ti. Y en ese sentido, parecía que la mejor opción era resignarme antes que caer en el abismo del fracaso. Por otro lado, me turbaba abandonar mis planes de búsqueda en ese aparente callejón sin salida, me irritaba esa oscuridad acentuada por tantos años sin saber nada nuevo sobre ti, desalumbrada por tantas gestiones sin fruto, me desanimaba no poder contar ni tan siquiera con una pequeña linterna que pudiera iluminar, aunque solo fuera tu perfil, en un acto

cotidiano de tu vida apartado de tu familia. Pero cuando estaba en esa situación en la que no era capaz de encontrar ningún camino, recordé lo que un día oí decir a mi peluquera:

-Deberías de acudir a un genealogista-. Me lo dijo Evelyne, con intención de ayudarme. Por un momento dejó de mover las tijeras, las dejó quietas con las puntas hacia arriba cuando apoyó el dedo meñique de su puño sobre mi hombro. Sus ojos miraban fijamente el reflejo de mis ojos en la luna de la pared, mientras me amenazaba con el peine que sujetaba en la otra mano como si fuese una pistola.

El hecho de que cada tres meses me pusiera en sus manos y la pregunta indiscreta que me lanzó sobre mi origen crearon la excusa para hablar del tema. Tirándome de la barbilla giró mi cabeza hasta que quedamos cara a cara:

-En Baiona debe de haber uno muy bueno, de fundamento. Me imagino que podrás encontrar su dirección fácilmente. Te pedirá que reúnas los papeles que conserváis de ese familiar que os falta, las cartas, las fotos, los recuerdos y las demás cosas que tengáis, sean originales o copias, cualquier cosa que le pueda servir para la investigación.

Yo no le dije nada. Su propuesta me dejó tan deslumbrada como el mechón teñido que colgaba ahora de mi frente. En aquel momento me pareció que para resolver mi caso haría falta algo más que una persona examinando papeles oficiales, no me paré a pensarlo detenidamente allí, en caliente, imaginé que tal vez me ayudaría más un oscuro detective experimentado de esos entre siniestro y receloso. Pero el

hecho de pedir ayuda a un profesional me parecía totalmente fuera de lugar, me parecía como si diera a otra persona el jarabe que el médico me hubiera recetado a mí, por ser demasiado amargo. Más adelante pude pensar fríamente en esta sugerencia de Evelyne y, aunque me llegó a tentar, yo no sabía cómo obtener el dinero necesario para contratar al genealogista. Sentía demasiados prejuicios, me surgían demasiadas sospechas y estaba poseída por una absoluta desconfianza.

Me cansé. Con esa falta de decisión que nos ancla cuando no vemos la puerta de salida, fui dejando todas las cosas que me ataban a ti dentro del cajón de espera de la llegada de tiempos mejores. Volví a mis tareas diarias, al cuidado de los míos, a las interminables conversaciones del grupo de padres de la escuela, a los hábitos que teníamos mi marido y yo, a mi trabajo como secretaria a media jornada; volví a esa seguridad de no decidir nada nuevo que ofrece todo lo cotidiano.

Por las tardes, veía a mis hijas salir saltando de la escuela, venían correteando para caer sobre mí en un abrazo cariñoso, todo para que yo disfrutara de la complicidad con que me rogaban que jugase con ellas, ahí sentía el acecho de tu sombra. Ignorarte en estas escenas felices no era tan sencillo, porque las emociones hablaban implacablemente su lenguaje de pensamientos y el recuerdo de tu historia sobresalía de repente en un instante, no llegaba a saturarme, tampoco me embriagaba ni me sacaba de allí, simplemente me empujaba a dar las gracias, a tomar conciencia de mi felicidad. El contraste vital con tu sufrimiento me hacía valorar mejor lo que tenía y sentir con abundancia de matices lo que soy. Me percataba de

mi buena suerte, de mi buena vida, de la libertad que he gozado para elegir, de la alegría de ver a mis hijas crecer, el valor del tiempo que he tenido, los años que he vivido... Al fin y al cabo ocurría que se me iluminaba la consciencia de haber podido llegar hasta aquí en esta vida.

Hacía lo mismo en nombre de mi padre, edulcorar lo amargo para buscar un consuelo lógico. Intentaba convencerme de que tu ausencia la había podido suplir con la abundancia de hijos y de nietos. Qué ingenuidad la mía, la cuestión no era tan sencilla...

Un día, cuando fui a recoger a mis hijas a la salida de clase, me entregaron una nota en la que nos pedían a los padres que llevásemos sus pasaportes a la escuela porque iban a realizar una excursión a Guadalupe, relativamente cerca de casa, en la falda del monte Jaizkibel, a la altura en que alcanza al pueblo de Hondarribia. Me quedé muy sorprendida ante la necesidad de ese documento para poder hacer esa salida y decidí plantear la cuestión a los profesores. Llegué a discutir con uno de ellos porque no hacía más que remarcar en tono hostil y rudo que todo niño que no viniese con ese documento en la mano no podría subir al autobús. Nos dijo que, si no teníamos tiempo para tramitar el pasaporte, fuésemos a la comandancia de la Policía Nacional de Irun para que nos hiciesen un papel equivalente, no nos ocuparía más de diez minutos. Nos habló como si fuéramos torpes o perezosos para las gestiones. Yo le respondí que el folio habitual con el que los padres dábamos el permiso para las excursiones debería de ser suficiente para cubrir la responsabilidad de la salida, que me parecía totalmente fuera de lugar tener que declarar la nacionalidad

para ir a un parque que está a unos pocos kilómetros, y que me parecía todavía mucho peor que los propios padres tuviéramos que pedir permiso a la policía. Comenté allí cómo me sentía humillada, un grupo de padres agachando nuestra cabeza ante el tira y afloja posesivo de los estados. Él no me entendió nada de nada. En cualquier caso, estaba mucho más creíble en su papel de controlador que en el de profesor.

Lo que ocurrió en aquella molesta discusión nos importa más de lo que parece porque los pasaportes de la discordia me trajeron a la memoria la institución que los tramita, el consulado español, y la de veces que tuve que ir allá desde el momento en que me vine a vivir a a este lado del Bidasoa.

Empecé a repasar de memoria el número de veces. Una, cuando fijé mi población de residencia en Hendaia. Dos, cuando a consecuencia de la primera razón, tuve que cambiar los datos de mi DNI. Tres, por supuesto, cuando me tocó renovar el pasaporte -¿y para qué rayos sigo renovando lo que no me hace falta?-. Cuatro y cinco, por cada nacimiento. Seis, para poder dar el voto en las elecciones municipales...

Así pues, en un plazo muy corto, tuvimos que acudir al consulado de Baiona varias veces. Haber llegado a esa conclusión encendió la pequeña chispa que necesitaba para volver a avivar los rescoldos de ese fuego que me acompañaba por las tardes y que nunca llegaron a apagarse del todo.

¿Cómo era posible que hubieras pasado tus últimos años en Francia, dar por seguro que moriste allí, y que el consulado español, el que tocara en el lugar que fuese, no hubiera

guardado constancia de ello? ¿Ni la más mínima huella? Por supuesto, estaba dando por buena la historia oficial que había oído en casa. Me vino a la memoria aquello que dejaste escrito en una carta: pedías los documentos que acreditasen quién eras y se te enviaron todos. Tú no eras un sin papeles.

Dudé por un momento. Repasé todos los movimientos que hizo mi tía en tu búsqueda, los recuerdos de mi padre, todo lo que yo sabía referente a ti fue desfilando por mi memoria. Y no, jamás oí a nadie comentar una sola palabra sobre el consulado ni sobre otra institución parecida. Decidí que merecía la pena el esfuerzo, no parecía muy complicado.

Conociendo la forma de proceder de los funcionarios de Baiona, me pareció que lo más acertado sería hacer la petición directamente a todos los consulados españoles que hubiera en Francia. También hice caso a Evelyne, o, por lo menos parcialmente; no me puse en contacto con ningún genealogista ni con ningún detective de esa índole, pero me pareció provechoso recopilar los pocos documentos oficiales de los que podíamos disponer. Se me ocurrió que los iría consiguiendo por mis propios medios, sin tener que acudir de nuevo a la tía, ni obligarla a abrir su tesoro. No merecía la pena hacer el esfuerzo de inventar excusas complicadas. Además, me era muy fácil hacerme con los más importantes, que eran la partida de nacimiento y el certificado de matrimonio. Sería suficiente con acercarme al Juzgado de Paz de Altsasu.

Y, aunque pueda parecer mentira, resultó ser el quid de la cuestión.

VIII. EL CONSULADO ESPAÑOL

Cuando me puse a pensar en cómo iba a ser el desarrollo de las conversaciones, mi primera duda fue cómo iba a ser capaz de transmitir mis ideas sobre el problema, no sabía cómo tenía que explicar a un extraño que aquello que parecía una historia antigua y olvidada, realmente era una urgencia familiar que ya duraba 70 años. Todo me parecía muy problemático, ¿por dónde tenía que empezar?, ¿qué cosas debía dejar a un lado?, ¿qué detalles tenía que contar? Yo deseaba poder transmitir de manera clara y concisa una historia que llegara al interlocutor, unas palabras que pudieran conseguir de un funcionario desinteresado esa pizca de implicación capaz de convertirlo en la persona inmensa que se inclinara por colaborar que yo necesitaba.

Llegué a la conclusión de que la única manera de hacerlo bien era por escrito. Pensé que hacerlo verbalmente y en francés me resultaría muy complicado, seguramente me enredaría yo sola con las diferentes secuencias del mensaje, me pondría nerviosa y diría todo al revés. Pensando en esto me imaginaba los escenarios invertidos, tu silueta boca abajo en el laberinto de un paisaje que yo era incapaz de describir. Mi incapacidad para la síntesis me haría tartamudear, todo se

ralentizaría, cada fotograma de la historia sería pisada inevitablemente por la siguiente y nunca terminaría de dibujarse. Y así, sin poder echarme atrás, en pleno progreso de la conversación, lo que debería haber sido una explicación preliminar se convertiría en algo tan ininteligible que sólo la obligada politesse impediría que mi interlocutor expresase abiertamente su profundo aburrimiento. En lugar de atraerlo lo habría alejado sin haber sido capaz de conseguir mi objetivo.

Por desgracia, las cartas no tienen la inmediatez del teléfono, no obligan moralmente como una conversación cara a cara, lo que se manda por escrito no garantiza una respuesta.

Hay siete consulados españoles en Francia y había que comenzar por algún lado, así que elegí las coordenadas que me dejó mi “amigo escondido”, esa era la manera que yo tenía de llamar al misterioso Bermejo que se camufló detrás de su novia. Me habían telefoneado desde las cercanías de Le Mans, pero mencionaron Lyon y también Toulouse como posibles lugares de residencia de aquella persona que podías ser tú. Las dos primeras ciudades no tenían consulado pero la capital de Occitania sí que lo tenía, y teniendo en cuenta la cantidad de refugiados que albergó a partir del año 39, muchísimos de ellos milicianos libertarios, me pareció razonable que merecía la pena hacer los primeros intentos en el consulado de Toulouse.

En el peor de los casos me serviría de ensayo, de entrenamiento para lidiar con la burocracia que imaginaba envolvería cualquier trámite que se desencadenase. Tal vez en el siguiente intento, cuando hubiera que llamar a la puerta de los consulados más cercanos, como el de Pau, el de Burdeos o

el de Baiona, que eran los que más me interesaban, no tendría el aspecto de una persona tan despistada, me tomarían lo suficientemente en cuenta como para hacerme caso. Al fin y al cabo, hace falta habilidad hasta para pedir. Y también es necesario tener una estrategia. Eso lo había aprendido de Edu.

Exactamente, Edu. Pensándolo mejor, le propuse que se encargara de la gestión de todo lo referente al consulado, que utilizara su arte como vendedor para hacer las gestiones necesarias por teléfono. Se hizo cargo encantado, con una sonrisa picara, como si agradeciese que lo hubiera implicado en ese curioso complot.

El primer contacto nos ayudó a identificar el primer gran problema, no podíamos hacer una pregunta tan general sobre ti, sobre otra persona o sobre cualquier cosa de otra época. Debíamos adecuar la petición a sus protocolos, a sus áreas y departamentos. Teníamos que alejarnos de la generalidad y plegarnos a datos más concretos, literalmente más “científicos”. Nos dijeron además que necesitábamos algún documento que probara nuestra relación de sangre, porque dicha relación familiar daría “un mínimo de seriedad” a la comunicación.

Después de reflexionar un poco sobre la nueva situación, dejamos a un lado las incógnitas intermedias y nos decidimos por solicitar un certificado de defunción. Por una parte tenía mucha lógica hacerlo, si lo conseguíamos daría coherencia a tu memoria y traería paz a nuestro entorno, sobre todo, paz. Por otro lado, después de la última modernización de la institución, ese dato estaba centralizado en París y no tendríamos que ir

recorriendo los consulados uno por uno detrás de esa información. La voz dulce de un funcionario de Toulouse nos dio la referencia, el número de teléfono y la dirección de correo electrónico de una empleada formal del registro de París, para que pudiéramos escribirle en caso de que nos surgiera algún contratiempo.

Pauline Garda estaba ya al corriente de la situación cuando contactamos con ella. Por su voz grave de fumadora, calculé que tendría unos cuarenta años. La imaginé portando una fina silueta, coqueta o, por lo menos, con muchos adornos de bisutería, entre sus palabras se filtraba lo que podía ser el tintineo de varias pulseras metálicas.

Fue muy acogedora desde el principio, sin duda mucho más de lo que su oficio pedía, aunque enseguida nos puso condiciones. Para empezar, debía enviarle por correo certificado el documento que probaba nuestro lazo familiar. Nos dijo que con mandarle la fotocopia de mi carnet de identidad y la del de mi padre bastaría, puesto que el primero probaba que era hija de su hijo y el segundo que mi padre era hijo de él. Pero que si tuviera algo más, no dudara en mandarlo también. Debía escribirle mis datos claramente en un papel, y si lo hacía a mano que fuera en letras mayúsculas. ¡Ah!, y no íbamos a exigirle plazos. Ella trabajaría metódicamente, pero lo haría en horas bajas, después de cumplir con las prioridades, y siempre que le fuera posible hacerlo. El problema que le acabábamos de crear -es así como lo definió- no iba a ser nada fácil de resolver. Sin embargo, nos pidió que confiásemos en ella, que si alguna vez se le hizo un parte de defunción, ella lo encontraría. Por último, advirtió que no la llamásemos cuando

nos pareciera oportuno sino que esperásemos y estuviésemos tranquilos porque ya tendríamos noticias tuyas. Al final de la conversación, se despidió de nosotros diciendo unas palabras de complicidad como garantía: “Ojalá tengamos suerte”.

Eso es. Ojalá tengamos suerte. Pero qué macabra, la llamada suerte. Aquella noche volví a perder el sueño porque no fui capaz de quitarme aquella frase de la cabeza. Y es que yo quería imaginarte vivo, como un ejemplo de aquel que desafía al siglo y, por lo tanto, te imaginé viejo, el rostro arrugado, los ojos marchitos, tal vez con los sentidos algo resentidos, tal vez ya sin juicio. Te imaginé en un hospital, un lugar que más bien se parecía a un manicomio, te imaginé en un triste hogar para ancianos solitarios, esperando el final en cualquiera de esos sitios.

Estando despejada y despierta soñé con lo imposible, soñé que llegaba hasta tu lado y aproximaba mis labios a tu oído para desvelarte quién era yo, como si fuese un secreto capaz de penetrar lenta y profundamente en tu consciencia, con toda la gravedad de su tono contenido. Y hablaríamos de nuestro parecido físico, de tu barbilla, de mis ojos que son los tuyos, y no los de mi padre. Y me volvería a acercarme mucho a ti, mi cara rozaría casi tu rostro para repetirte de nuevo lo evidente: que nos hemos acordado de ti durante toda la vida.

IX. EL ACTA DE MATRIMONIO

Pusimos, cómo no, toda nuestra confianza en la señora García de París. Aunque ella no nos dio ninguna explicación sobre el sistema de búsqueda que emplearía, yo me imaginé que pasaría una buena temporada repasando una por una las actas de defunción de aquellos años, posada sobre unos gruesos libros llenos de polvo buscando tus apellidos en sus hojas. Hasta es posible que lo hiciese en compañía de alguien, algún becario en prácticas, por ejemplo.

Nosotros calculamos que pasaríamos algunas semanas sin noticias, pero lo que no teníamos era ninguna intención de quedarnos quietos esperando. Se me ocurrió que podíamos acercarnos hasta el Juzgado de Paz de Alsasua para pedir tu partida de nacimiento.

Podría pedir el certificado de matrimonio y, por qué no, también la partida de nacimiento de la tía y la de mi padre. Al fin y al cabo, si quería saber si la genealogía iba a ser de ayuda en nuestra investigación, este era el momento más adecuado para comprobarlo. En el kiosko del barrio tropecé, literalmente, con un libro con el título adecuado: *Ma généalogie. Comment retrouver l'histoire de ma famille*. Venía pegado a un cartón de

gran tamaño, igual que las promociones que se venden por fascículos, como las revistas de divulgación. Para llamar más la atención, el vendedor del kiosko había colocado con toda intención tres o cuatro unidades a los pies de la mesa donde estaba la caja registradora, justo donde más molestaban. Llevaban una gran banda promocional que la vería hasta un ciego y que decía “14,99 euros seulement”. Me lo compré.

Su lectura me proporcionó alguna idea suelta y alguna pista sobre posibles fuentes de información pero no me aportó ninguna herramienta válida en lo que respecta a tu búsqueda. Sin embargo, gracias a aquellas exposiciones genealógicas, me dejé seducir un poco por esa actividad de mirar hacia atrás, generación tras generación.

La mejor excusa para poner en práctica lo leído me la dio el acta de matrimonio. Aquel documento, escrito a pluma con tinta azul, decía que os casasteis por lo civil; al igual que muchos jóvenes en aquellos años de la Segunda República, dejasteis la iglesia a un lado a la hora de formalizar vuestro compromiso. Y yo que pensaba que esas decisiones eran invención de estos tiempos “modernos”...

Por lo que pude leer en el acta, vuestra boda no fue nada espectacular, se llevó a cabo de una manera simple y seca. A falta de esa frase tan célebre -en la alegría y en la desdicha, en la pobreza y en la enfermedad, etcétera...- más que el papel que probaba que habíais pasado por el juzgado, me pareció un pequeño cuento escrito en pretérito:

En Alsasua, el 10 de abril de 1932,
a las 11 de la mañana.

Tras haber cumplido con los requisitos previos y habiendo facilitado todos los documentos que pide la ley y, por tanto, habiendo probado que no existe impedimento alguno, José Goikoetxea Goikoetxea, juez de la villa de Alsasua, le hizo la siguiente pregunta a José Bermejo Zabaleta: ¿Quiere usted tomar por esposa a Aurora Lorenzo Salvaderi? El interpelado respondió con voz clara: Sí, quiero. Después se dirigió a Aurora Lorenzo Salvaderi, y le preguntó: ¿Quiere usted tomar por esposo a José Bermejo Zabaleta?

A quien se le oyó responder: Sí, quiero. Entonces el señor juez, dirigiéndose a los dos, pronunció estas palabras: quedan ustedes unidos en matrimonio.

Seguidamente, el señor secretario leyó los artículos 56 y 57 del código civil, y dio por finalizada la ceremonia de la boda.

Así pues, sin daros un beso y sin pronunciar la famosa frase de “hasta que la muerte os separe”, os esposasteis para siempre aquella primavera, cuatro años antes de que estallara la guerra. La fórmula se me hizo excepcional porque era realista y porque os comprometisteis el uno con el otro sin ningún juramento, también porque carecía de toda la fantasía y el protocolo de las bodas posteriores.

Pero lo que me resultó más extraño fue el texto anterior a la declaración. Para dar fe de la identidad de los contrayentes tenían que justificar no sólo los datos de sus padres, sino también los de los abuelos e incluso la procedencia de todos ellos. De toda esta información me impresionaron las sorpresas que me guardaban mis raíces.

Están presentes en la auditoría del juzgado:

José Bermejo Zabaleta, de veinte años, soltero, nacido en Alsasua y vecino de la misma villa, trabajador de la línea ferroviaria, e hijo de don José Bermejo Rodríguez, de 49 años, nacido en Madrid, y de doña Francisca Zabaleta Ugarte, nacida en Alsasua y fallecida en 1929; nieto por parte de padre de José, nacido en Valencia y ya fallecido, y de Gabriela, venida de Italia y también fallecida; y nieto por parte de madre de Antonio y de Josefa, esta última fallecida.

Aurora Lorenzo Salvaderi, de 19 años, soltera y sin trabajo conocido, nacida en Tolosa. Hija de don Máximo Lorenzo Marco, de 43 años y nacido en Valtierra, y de doña Remedios Salvaderi Expósito, nacida en Zaragoza; nieta por parte de padre de Joaquín y Cipriana; y por parte de madre, al ser de la inclusa, sin abuelos conocidos...

Apoyada en el pretil que me separa de las rocas que rodean la playa, con las manos entrelazadas encima de este documento y la mirada perdida en esa línea difusa que el cielo y el mar dibujan siempre en el horizonte, he viajado en el

tiempo hasta la época de mi infancia. Estoy en la ikastola; cada vez son más los niños y niñas pequeños que empiezan el curso en las clases del primer ciclo y este año allí ya no hay espacio para los alumnos mayores. Los del segundo ciclo tenemos que movernos al antiguo y destartalado edificio que nos han prestado los escolapios, vamos en grupo, hablando mientras subimos las escaleras de caracol hasta el tercer piso.

En el centro del grupo la guindilla de clase, Amaia Alustiza Agirreazaldegí, en un ejercicio de poderosa autocomplacencia, más que proponer nos ordena que cada uno diga sus ocho apellidos de carrerilla. Todos han empezado a recitarlos atropelladamente y sin espacios, como si estuvieran rezando el rosario, cada uno se solapa a los demás recitando su lista, sin ningún orden ni turno.

En medio de esta escena he aligerado el paso para llegar cuanto antes a clase, quisiera pasar inadvertida, que no se den cuenta de que estoy allí con ellos. Por favor, que no se acuerden de mí, que no me vean...

Yo también sabía mis ocho apellidos, no es que sea tan desmemoriada, pero es que la mitad de ellos son como muy extraños, exactamente todos los impares. No son jatorras, no tienen pedigrí, no cuentan con el label local. Y yo carezco de orgullo, me faltan los argumentos y la valentía para poder hacer frente a los comentarios burlescos de Amaia Alustiza Agirreazaldegí.

Son tiempos turbios, ni yo ni mis compañeros de clase hemos aprendido aún que, en lo que respecta a la identidad, lo que cuenta no es el frasco sino la esencia que lleva dentro.

Enfocando mi mirada en esa inmensidad luminosa y casi blanca que se hunde en el horizonte, pienso que este cielo que cubre al “nosotros” de hoy es bastante más amplio.

X. LLEGÓ DE PARÍS

Me quedé mirando aquel sobre enorme durante largo rato, con asombro, con curiosidad, con algo de miedo. Lo primero que llamó mi atención fue el matasellos –*lettre prioritaire*, decía-. Después, me fijé en el blanco impoluto del papel, su falta de arrugas, como si nadie lo hubiera tocado nunca. Observé también la elegante caligrafía de la persona que había escrito mi nombre y apellidos, casi seguro había sido una mujer, su pulso femenino puso con esmero en cada letra el brillo de un expediente escolar de nota alta. Pero al dar la vuelta al sobre, fue la identidad del remitente lo que atrajo con fuerza toda mi atención: Consulado General de España, 165 boulevard Malesherbes, 75840 Paris Cedex 17. El hecho de que viniera del consulado español superaba con creces la emoción del tranquilo y amplio boulevard de Malesherbes con todos sus árboles, con sus raíces en la imponente Madelaine y sus columnas griegas de veinte metros de altura. Cruzando entre sus aceras podrás llegar a perderte en primavera buscando el sol bajo las ramas de los plátanos, pero ahora lo importante era que el sobre venía del consulado.

Allí mismo, junto al buzón del correo, me pregunté si lo que tenían que decirme después de dos meses y medio de espera

no cabría en un sobre normal. Me entretuve un rato pensando precisamente en el tamaño del sobre, jugando a pasear mis elucubraciones de un lado para otro. ¿Estaría el sobre en consonancia con la sorpresa que me esperaba al abrirlo? o ¿sería su tamaño más bien de la medida de la decepción que me iba a llevar?

En el ascensor volví de golpe al presente cuando se abrieron las puertas y apareció la vecina del cuarto, allí plantada en medio del descansillo; me asustó como si fuese una encarnación de la mismísima virgen. Ella se dio cuenta del susto que me había dado y me dedicó una sonrisa de complicidad que acompañó con unas rápidas palabras, a su buzón no llegaba más que publicidad y facturas, daba toda la impresión de que ella deseaba superar aquel momento extraño con algo de humor. Cuando nos despedimos yo ya había apostado a favor de la segunda opción, es decir, me había decantado por la tesis de la decepción. “¡Dios!, hemos fallado” me decía a mi misma, intentando ahuyentar toda esperanza. “Seguro que la señora García no ha encontrado nada. ¡Mierda! Ahora utilizaré palabras pomposas y un papel tan caro como el sobre para decirme que ha hecho todo lo que humanamente ha podido: Muy señora mía, me remito a usted para comunicarle el fruto de las investigaciones llevadas a cabo concernientes al caso de don José Bermejo Zabaleta; desgraciadamente no hemos hallado ningún dato en nuestros archivos. Debe usted saber que hemos estudiado miles de fichas y obituarios, etcétera, etcétera, etcétera. Pero, ¿qué te creías? ¡Mira que eres inocente! Está bien, me encuentro perdida nuevamente, pero no voy a desesperar. He llegado

hasta aquí, me he esforzado y lo he hecho sin implicar a nadie de la familia. Ha merecido la pena”.

Era incapaz de disimular la frustración. “Bueno, lo abro y en paz”, susurré mientras introducía el pulgar en el hueco de la solapa para rasgar el sobre poco a poco. No tenía prisa. Mientras, pensaba que hubiera sido demasiado fácil acertar allí donde nadie había conseguido nada hasta ahora. Recordé el afán de éxito que tuve al principio, los imaginarios aplausos que sentí que lloverían en cuanto hubiera resuelto el caso, el prestigio que iba a ganar y la cantidad de escalones que subiría en el rango de categorías de nuestra familia. De pronto, me percaté de que, una vez que intenté destacar en algo, el ímpetu me llevó a crear una versión patética del cuento de la lechera... En ese mismo instante tiré de las hojas que contenía el sobre, que se deslizaron por su boca abierta de lado a lado. La primera de ellas llevaba escrita en cuatro líneas el saludo genérico del cónsul general. La segunda, en contra de todo lo que había intentado creermelo, me regaló el motivo para celebrar el triunfo de lo que había sido un sueño, la primera prueba tangible de la fuerza que me conectó a ti. Pero...

Registro civil de Lille, Segundo tomo, página 158.

DATOS DEL FALLECIDO

José Bermejo Zabaleta.

Nacido el 4 de febrero de 1914 en Alsasua (Navarra).

Padres: José y Francisca.

Estado civil: soltero.

Nacionalidad: española.

Ultimo domicilio: 23 Rué des Magnolias. Tourcoing (Nord).

FALLECIMIENTO

El 28 de agosto de 1980, en Tourcoing. A las 02:50 horas. Causa: enfermedad.

PARTIDA DE DEFUNCIÓN Declarante: Renée, hija del fallecido. A cargo de: D. Juan Echarri Churruca, canciller del consulado de España. Registro: 30 de agosto de 1980, a las 09:00 horas.

El sobre se quedó pegado a mi mano. Sin poder soltarlo empecé a andar arriba y abajo en el pasillo, a veces despacio y otras veces acelerando el paso, a veces dirigiendo los ojos al techo y otras veces bajando la mirada. De vez en cuando me paraba para volver a leer la carta, y de nuevo comenzaba a pasear de extremo a extremo del pasillo, como un péndulo. Así hasta que, en uno de estos paseos, al pasar ante la puerta de la sala, me fijé en las ventanas. Me pareció que estaban sucias, demasiado sucias, más sucias que nunca. No pude resistir la tentación de limpiar los cristales por fuera y por dentro. Y después me acordé del frigorífico, de que su limpieza me

esperaba desde hacía mucho tiempo. Pasé la bayeta por las paredes y por las baldas hasta sacarles brillo, para poner después en orden su contenido. Clasifiqué todo, los yogures pegaditos a los yogures; los táper y los envases, uno encima del otro, para optimizar el espacio, cosa que tampoco había hecho desde hacía ni se sabe cuánto tiempo. Viendo aquella actividad encadenada que me estaba absorbiendo, las niñas interpretaron que se trataba de una tempestad que, sin duda, precedería a una calma, así que se refugiaron en sus habitaciones, cada una con su merienda en la mano, esperando un nuevo aire en el ambiente.

Cuando llegó Edu, yo ya estaba planificando la manera de poner orden en el armario más grande de la casa. Se fijó en todo lo que había sacado y que en ese momento estaba tirado por el suelo: las katiuskas, el flotador, los sacos de dormir, los juguetes casi inservibles, la colección de paraguas plegables y el ventilador que sobresalía por encima de todos ellos, pero no se percató del buzo de neopreno que acababa de caer hacía un instante, y tropezó con él. En cuanto se volvió a poner de pie, me preguntó qué demonios estaba haciendo. Mi respuesta fue silenciosa, puse delante de sus ojos la hoja que nos anunciaba tu defunción.

Allí, sentado ante el fruto obtenido por el proceso de búsqueda que puse en marcha con su idea, él tampoco supo identificar ni interpretar el extenso contenido de aquellas escuetas líneas.

Tampoco fue capaz de expresar el impacto del choque que se había producido en el registro de sus emociones. Después de

un largo suspiro, sólo era capaz de articular una única palabra, la misma palabra que dibujaban mis labios silenciosos, mientras yo la escuchaba desfasada, como si viniese de otra persona.

Y es que Edu la repetía como si fuese un repique de campanas: hostia, hostia, hostia...

XI. 1980

En el momento en que moriste allí, ya llevabas mucho tiempo muerto aquí. Oficialmente dejaste de ser un desaparecido en 1978. Con la ayuda de un abogado laboralista, te convertiste en un difunto sin cadáver porque era necesario que se reconociera el estatus de viuda de la abuela Aurora. De esta manera ella pudo comenzar a cobrar la pensión que le correspondía, y también pudo dar comienzo a una nueva etapa sin tener que trabajar. Publicaron tu caso en el boletín y pusieron un plazo prudente para intentar recopilar información sobre tu paradero, pero parece ser que la petición no llegó hasta los consulados en Francia. O si llegó no le hicieron mucho caso. O realmente tampoco exististe allí hasta que tuvieron que hacer el certificado de tu defunción.

La tía opinaba que fue en aquella época cuando la abuela conoció verdaderamente lo que era la felicidad. Con el comienzo de su jubilación pudo dejar de ser una criada, pudo hacer lo que deseaba, sin tener que pedir permiso a nadie. Ella solía escuchar la novela de la radio todas las tardes y también comenzó a salir con sus amigas: hacían excursiones, conocían sitios nuevos, se divertían, sí, se divertían. Y a medida que avanzaba la edad se fue invirtiendo el papel de cada una

dentro del grupo familiar: la abuela dejó de preocuparse como madre, y la tía tomó esa responsabilidad para sí misma, ella que no tenía marido ni hijos.

Pero el tiempo pasó deprisa y esta nueva fase de aparente felicidad de la abuela fue corta porque le diagnosticaron un cáncer el mismo año en que tú ibas a morir allí lejos. La enfermedad se expandió rápidamente y la metástasis acabó con su vida en pocos meses. Así pues se fue inmediatamente tras de ti, sin haber podido encontrar solución a la incógnita principal que había condicionado la mayor parte de su vida. Ella exhibía su cariño hacia nosotros, sus nietos, estrechándonos entre sus brazos cada vez que nos veía. Nos besaba fuerte y sonoramente, no era necesario que hubiera ninguna celebración de por medio, sus besos eran unos besazos tan sonoros que cuando nos encontrábamos con ella a la entrada de la ikastola llegaban a avergonzarnos un poco, allí, delante de nuestros amigos. Pero es indudable que esos enormes abrazos en los brazos chicos de la abuela resultaron ser algo muy especial en aquella época que fue nuestra niñez, aquella época en la que los gestos cariñosos brillaban por su ausencia.

Mi padre pasaba el día trabajando en la fábrica, cada tres semanas el correturnos lo retenía también por las noches, toda la vida trabajó a relevos. Muchas veces sus turnos de ocho horas se convertían en jornadas de diez o de doce horas, debido a la necesidad de trabajar horas extraordinarias. Esa era la norma para el cabeza de familia de entonces, siempre era necesario un sobresueldo para poder llegar a fin de mes sin demasiados apretones. A veces llegaba a casa maldiciendo en voz alta, que si el capitalismo tal, que los obreros cual, y que los

sindicatos y sus compañeros lo de más allá, siempre así, casi todos los días encontraba alguna razón para ofuscarse. A pesar de todo, él seguía allí, erguido en aquella fábrica que inundaba el aire de los alrededores con el olor insano de sus humos, resistiendo en aquel edificio varado sobre las aguas del río que unas veces teñía de rosa y otras de azul turquesa; el mismo río que pasaba al lado de nuestra casa, la misma fábrica en la que conoció a mi madre, Mila, que trabajaba en el almacén en la época en la que las mujeres se ocupaban casi siempre del empaquetado.

Si no me equivoco fue en el año 1980, más o menos, cuando mi padre se apuntó en la gaueskola, él decía que intentaba recuperar otro de los tesoros que la guerra le había robado. Muchas veces nos contaba orgulloso que, cuando era pequeño y vivía en Alsasua, hablaba euskara bastante bien, gracias a las enseñanzas de su abuela. No podía disimular su felicidad cada vez que decía que lo estaba recuperando, su rostro se inspiraba e irradiaba esa emoción que nosotros percibíamos con satisfacción y agrado. Su interés e ilusión eran tan grandes que, cuando empezó en el euskaltegi, solía recitarnos palabras sueltas aunque no viniesen a cuento en la conversación del momento, incluso a veces se soltaba con frases enteras que había memorizado con todo su sentido, esa era la manera que tenía de disfrutar del placer de utilizar lo aprendido. Pero trabajaba duro, el sistema de relevos de la fábrica le obligaba a cambiar el turno de trabajo cada semana y así, poco a poco, la asistencia a las clases se le empezó a hacer cada vez más cuesta arriba. En esa dinámica lo peor fue que se empezó a avergonzar por su falta de progreso, comenzó a perder confianza en sí mismo. Se acordaba de su niñez en Zaragoza y

el poco tiempo que pudo ir a la escuela, pensó que gran parte de la culpa la tenía el hecho de que no adquiriera los recursos básicos para poder entender los conceptos gramaticales, conceptos que eran muy necesarios en el sistema de aprendizaje que seguían en el euskaltegi. Finalmente, a pesar de su conocimiento infantil y de sus ganas, el cansancio y el desánimo se le hicieron insoportables y, a mitad de camino, se dio por vencido.

Recuerdo que una vez un desconocido le llamó “belarri-motza”, así, sin más, en mitad de la plaza, cuando estábamos esperando a que nuestra madre saliera de la iglesia. Aquella mañana de domingo en la que el único plan era tomar el aperitivo, aquella persona disparó contra tu hijo esa palabra mientras nos miraba a nosotros, a tus nietos, como buscando una perversa complicidad, dando por supuesto que aprobaríamos su comentario porque sabía que nosotros sí hablábamos en euskara. Nosotros, que sentimos hondo aquel insulto, vimos a nuestro padre hacer ante ese desconocido lo que jamás había hecho delante de su jefe en la fábrica: agachó la cabeza, se calló, guardó su ofuscación, reprimió su malestar, se colocó en el lado de los perdedores. Pero, desde ahí abajo, inmediatamente se sintió ganador: “Vosotros, por lo menos, vais todos a la ikastola”, nos dijo reconfortado mientras el “belarriluze” se alejaba con sus orejas bien abiertas, como si tuviese necesidad de recargar con nueva munición de murmullos la agresividad de su subconsciente.

Siendo sincera te diré que, en la época en que tu vida llegaba a su fin, nos invadían otras circunstancias trágicas que, por el momento, prefiero no contarte. Y es que este gran espacio que

aparece ahora dentro del vacío que era tu pérdida, te ha convertido en alguien más extraño para mí.

Ya llevo unas cuantas semanas poniendo excusas para no tener que ir a casa de mis padres. Las tranquilas visitas dominicales de antes, ahora se me hacen raras, me parecen como fabricadas, percibo como una capa artificial, algo sintético recubriendo la realidad de las cosas de la familia; porque desde que recibí el certificado de tu defunción realmente me siento como si estuviese ubicada en otro lugar, un lugar casi peligroso que yo presiento como pegado en el tiempo al estallido de un nuevo Big Bang. Hablar con mis padres de las cosas cotidianas, comentar las andanzas de mis hijas o ponerme al día sobre las historias de mis hermanos y hermanas, no sé, discutir cualquier tontería, se me hace raro. Todo lo que hasta ahora era tan normal me parece inusual, pura ficción. Siento que todo está encasillado en las apariencias que dan estabilidad, todo me parece puro teatro. Porque esta patata caliente, como la llama mi marido, no puedo soltarla sin que explote. Tengo que sujetarla entre mis manos por mucho que me esté quemando.

Más de una vez me ha tentado la idea de llamar a mis hermanas, o de comentarlo con mis hermanos, incluso olvidarme de los tándem y poner al día sólo a uno de ellos. Con esta estrategia conseguiría un cómplice, tendría otra opinión más para contrastar los pasos, incluso podría repartir el peso que esto conlleva, podría distribuir de alguna manera el calor de la patata. En el peor de los casos, me recriminaría las acciones que he realizado en tu busca, por entrometida, por meter las narices y crear confusión; si se lo dijera a Leire,

seguro que me ordenaría dejarlo todo inmediatamente tal y como está, y me recomendaría buscarme otro entretenimiento más normal, aún sabiendo que quedarme a mitad de camino va contra mi propia naturaleza. Por otro lado, en el mejor de los casos, conseguiría la ayuda de su implicación en lugar del vacío que tengo ahora, tendría una nueva compañera con la que inventar y planificar la estrategia de aquí en adelante.

Pero es que se me hacen muy lejanos. No geográficamente, pero sí afectivamente. Desde hace tiempo, lo poco que sé de ellos me lo cuentan mis padres, lo que comentan en las visitas dominicales.

Por otro lado, me preocupa la cuestión de las prioridades, el orden que deben llevar las cosas, el protocolo. Así como la falta de discreción. ¿Es correcto que sean nuestro padre y nuestra tía los últimos en casa en enterarse de este asunto? ¿Qué ocurriría si a alguno de nosotros se le escapa o hace un comentario fuera de lugar y se enteran mal y a medias de lo que he descubierto? Creo que es mejor que recorra primero todo el camino, sin perderme por los atajos. Dejemos eso para luego.

No he perdido el norte, pero me guía la necesidad de echarme a atrás. Por enésima vez, he echado encima de la mesa todas las cartas que enviaste a casa, las he puesto una al lado de la otra, dejando el menor resquicio posible entre ellas, como si al unir las formarían una sola tela. Más que leerlas, quiero seguir el hilo invisible que las une, doy la vuelta a las palabras, una por una, intento dar sentido incluso a las faltas ortográficas, como buscando la falsedad. Sin embargo, no

encuentro más que tu amargura, no siento más que tu miseria y tu impotencia, tu verdad de entonces. “Lloro en silencio día tras día, me deshago en lágrimas. No puedo soportar el dolor que todo esto me produce”.

Comparándolo con el punto de partida, el dato me debería de aparecer como tranquilizante: no te deshiciste en lágrimas, no te aniquilaron como a una bestia, viviste, aguantaste durante 68 años antes de que la naturaleza dijese basta. Me vienen a la mente las virtudes que me iba a reportar aclarar tu historia. Justicia respecto a ti. Terapia para la familia. Dicho cínicamente, haber llegado hasta aquí se ha convertido en una espada de dos filos. Y me tiene contra la pared.

Me pregunto a cuántas preguntas tendré que buscar respuesta antes de empezar a contar la historia en casa. Pienso en la cantidad de remolinos en los que me veré atrapada por cada una de ellas.

El certificado de defunción dice que naciste en 1914, cuando realmente viniste al mundo dos años antes. Entonces, ¿qué clase de amnesia es la tuya? Pero ¿por qué demonios no diste ninguna señal de vida? Aunque sólo fuera para decir que estabas con otra mujer, ¿nadie se merecía que te despidieras? ¿No se merecían también ellos otra oportunidad para empezar de nuevo?... O acaso sí que diste alguna señal. Cuando la tía me ordenó que no removiera nada, ¿acaso escondía alguna realidad difícil de admitir?

Creo que no. Cuanto más lo pienso, cuantas más vueltas le doy, más fácil me viene el no rotundo. Creo que se lo hubiera

adivinado en la cara. Además, hoy serías un ángel caído, un medio mito derrumbado y maldito.

No quisiera meterme donde no me llaman.

Renée...

XII. EL CUADERNO DE BITÁCORA

La gente suele tener manías, y yo también tengo unas cuantas. Me refiero a esas cosas que se hacen por obstinación, ya sabes, esas pequeñas obsesiones incurables que carecen de una explicación clara, que no tienen un por qué fiable. Por la noche no puedo dejar ningún cuchillo a la vista. Ni tampoco tijeras, agujas de tricotar, pinchos, destornilladores o cualquier otro instrumento que pueda cortar o perforar. Antes de irme a la cama tengo que hacer la ronda sistemáticamente. Observo todas las encimeras de la cocina, el baño, las habitaciones y, si encuentro algún elemento amenazante, lo devuelvo lo antes posible al cajón, a la caja de herramientas o al lugar que le corresponda. Los cajones deben quedar bien cerrados, para que las cosas que están guardadas no puedan ‘escaparse’. Es la única manera de que me pueda dormir. Si alguna vez se me olvida, o si intento restar importancia al hecho de tener que hacerlo todos y todos los días, o si me pongo dura conmigo misma, entonces me asaltará la preocupación justo en el momento en que me esté quedando dormida, como si sintiera la sombra de la traición detrás de mí. Y me corroerá. Me atacará los nervios. Empezaré a dar vueltas y más vueltas entre las sábanas. Me vendrá a la memoria el cuchillo puntiagudo que he creído ver encima de la mesa, o me preguntaré si acaso

las tijeras que mi hija me ha pedido para sus trabajos manuales las ha dejado tiradas en el suelo o si han vuelto al lugar donde deberían estar. Y me imaginaré los dos instrumentos, las tijeras y el cuchillo, en el aire, levitando primero y en un vuelo preciso después, acercándose a alguno de nosotros, agujereando la carne, abriendo camino a la sangre. Ante semejante imagen, no tendré más remedio que pegar un salto, coger la linterna y hacer la ronda, habitación tras habitación, aunque esté muy entrada la noche. Parece como si esta manía tuviera que ver con un trastorno de la intuición. Como si hubiera una necesidad exacerbada de alejar todo lo que pueda ser peligroso, por haber niños de por medio. Pudiera ser, pero yo no lo creo. Nuestras hijas jamás han sido tan inconscientes, y tampoco es que necesiten que estemos tan encima de ellas, ya han crecido lo suficiente como para darse cuenta de eso y de más. Y, además, es una costumbre adquirida mucho antes de que nacieran. Aunque es verdad que, últimamente, se me ha acentuado, y diría que es por culpa tuya. ¿Podría ser la metáfora de algo? ¿Un aviso? ¿Una alerta que me envía el subconsciente?

Te voy a comentar otra de mis manías, esta es mucho más agradable o, por lo menos, no tan psicótica. Cada vez que se me presenta la ocasión, me suelo comprar un cuaderno nuevo. La verdad es que algunas veces no voy a comprarlo expresamente, sino que estando en el supermercado, o habiendo visto una tienda de papelería, me tomo mi tiempo mirando el material escolar. He comprado cuadernos de todo tipo, en cuanto a forma, tamaño, estilo y marca: A3, A4, A5, incluso más pequeños, encolados, cosidos al hilo, de muelle, con anillas, micro-perforados, cuadriculados, milimetrados,

blancos, coloridos, cuadernos para dibujar, de papel fino, con más gramaje, clasificadores, de tapa dura, de tapa ilustrada.... Sin embargo, nunca lo he hecho para crear una colección. La mayoría de ellos tienen una función que cumplir, una función que a veces les he otorgado incluso antes de haberlos comprado, otras veces dicha función ha llegado después de haberlo descubierto, deseado y finalmente comprado. No suelo escribir secretos en ellos, ni historias que parezcan de otro mundo, ni datos demasiado íntimos, ni nada que no pudiera explicar cara a cara. Simplemente, los lleno de esas pequeñas y delicadas delicias que me ofrece mi simple y ordinaria vida, sencillos retazos que se escapan de las fotos o de los vídeos caseros, ordenados secuencialmente, o por temas, o explicados en dibujos o con palabras. La pena es que muchos de esos cuadernos se han perdido estos últimos años, al igual que los libros, o los discos, los pendientes o las chapas que tuve de joven, normalmente por culpa de traslados, o por dejadez, porque jamás he sabido ser ordenada, y porque normalmente son otras las preocupaciones que invaden mi pensamiento.

Cuando decido comprar un cuaderno que no sea blanco, entonces tiendo a poner especial atención a la tinta del cuadriculado. Las líneas deben estar impresas en un color claro, para que ayuden sin molestar, para que la escritura sea fácilmente legible aunque haya sido escrito con bolígrafo muy fino. Uno de los cuadernos que más aprecio es exactamente así, es el más pequeño que jamás he comprado, tiene la tapa azul y se abre de abajo a arriba. En él escribí las primeras palabras que salieron por boca de mis hijas. Su primer lenguaje. En las primeras hojas se recogen sonidos y

repeticiones, y en la parte de atrás están las palabras que se inventaron o que reinterpretaban o que pronunciaron de manera especial. No están ordenadas alfabéticamente pero tienen el aspecto de un diccionario. Las perversiones de los padres y madres henchidos por el orgullo, ya sabes: dejar constancia de la singularidad de su prole bien ilustrada para la posteridad. En la primera hoja escribí: “Según Ihintza, chocarse o pegarse con algo, se denomina ‘concarse’, (de conc)”. Fue al mes de que la mayor cumpliera los cuatro años. “Y poner en marcha cualquier artefacto que haga ruido, se denomina ‘burrumbear’”. Por aquel entonces, la pequeña Iraitz no tenía más que tres años y al supositorio le llamaba ‘dofotio’.

En este día en el que te estoy contando mis manías, he estado escudriñando cada escondrijo de casa con la esperanza de que aparezca por algún lado un cuaderno. Quisiera dar comienzo a lo que sería el cuaderno de bitácora del viaje que me llevará hasta el fondo de tus circunstancias. He encontrado uno adecuado con bastante facilidad, curiosamente, al lado del botiquín. Es un cuaderno de medio folio, de muelle, el tamaño perfecto para llevarlo en el bolso, sin que deje de ser cómodo para escribir, de tapa dura, ilustrado con la foto de un viejo puente. Al hojearlo, he descubierto garabatos infantiles aquí y allá, pequeños, hechos a lápiz, por lo tanto, borrables. No importa. Es la marca de la casa.

Como en los cómics manga, he empezado a escribir de atrás hacia adelante -por cierto, otra de mis manías-, esquemáticamente, sin poner empeño en acabar las frases y dejando un gran interlineado, para cuando se me ocurra escribir nuevas ideas bajo cada comentario.

Renée (?).

Con el apellido Bermejo no aparece en las Páginas Blancas de Francia.

Tal vez porque no desea aparecer en la guía.

Tal vez porque no vive en el Estado francés (Debería mirar también en Bélgica, por cercanía).

Tal vez porque está muerta.

Tal vez porque lleva el apellido de la madre.

O, si está casada, porque lleva el del marido.

Dejando la parte de atrás libre, he ido a la página siguiente y he hecho la lista de las tareas que llevaré a cabo a corto plazo: contactar con el Ayuntamiento de Tourcoing; pedir tu acta de defunción para ver si está en concordancia con la que me llegó del consulado; de paso, situar con exactitud tu tumba, dando por supuesto que en aquellos años aún no existía la costumbre de incinerar; pedir los datos de la familia.

La última frase me ha hecho sonreír cínicamente. Es la primera vez que, en el espacio que dibujan las palabras 'tú' y 'familia', no aparece el 'nosotros'. Tal y como hice con el lenguaje de mis hijas, me he propuesto crear una especie de diccionario en la parte de atrás del cuaderno, donde podría ir definiendo todas las palabras que tomarán un nuevo significado por este nuestro asunto, además de las tres palabras que acabo de nombrar. También podría enumerar las

palabras que se irán deformando por culpa de la situación. Las que no podremos pronunciar correctamente. Las que querremos olvidar pero que irremediablemente se nos grabarán. Las que tendré que redimensionar mientras llegue a tu lugar de descanso. Palabras, conceptos, definiciones y sentimientos.

Escribir qué será Renée para mi, y yo para ella. Responder si alguna vez se convertirá en algo explicable todo lo que está ocurriendo.

XIII. LA APORTACIÓN DE EVELINE

Fue fácil conseguir el parte de defunción de Tourcoing, gracias a la web del ayuntamiento, ni siquiera tuve que demostrar los lazos familiares que nos unen. De todas formas, el documento que recibí no contenía nada nuevo ni reseñable y si hay algo que destacar es que parecía más informal que el que habían enviado desde el consulado español. No aparecía el nombre del declarante, que para mí fue tan importante; sin embargo, los errores que contenían ambos papeles eran parecidos, prueba de que ni unos ni otros habían dedicado algo de tiempo para hacer comprobaciones: fecha de nacimiento equivocada, nombre de la madre equivocado. Deduje que el mundo que te acogió desconocía todo sobre tu pasado, fuera lo que fuera, parece ser que incluso a tu hija le ocultaste las vicisitudes de tu vida anterior.

Lo que más llamó mi atención fue esa línea que te describía como soltero en el momento de tu fallecimiento, no sólo la equivocación era curiosa, sino también la explicación que le seguía: “célibataire, épouses décédées”. Así pues, estabas soltero porque tus esposas habían fallecido. Pensé que en mi tierra el fallecimiento de la esposa te hubiera convertido en viudo, aquí los casamientos dejan rastro incluso después de

darlos por finalizados. Dejando a un lado las palabras empleadas para hacerlo, lo que allí se describía debía de ser que una de esas esposas era la madre de Renée, mientras la segunda seguramente sería mi abuela. Puede ser que diceses a la abuela por muerta, aunque ella estuviera viva. Realmente, aquel agosto de 1980, ella tan solo estaba lejos de ti. Ella, que también te había dado por muerto antes de que eso sucediera, probablemente se encontrase en la pastelería Eceiza de Tolosa, pasando aquella tarde con sus amigas, tomando su café con leche y un bollo. O tal vez se había ido en autobús a Donostia. Si hacía bochorno, es posible que hubiera pasado aquella tarde en casa y entonces nos habría hecho un bizcocho a los nietos, ella, que siempre aprovechaba la espesa nata que en aquellos años se le hacía a la leche.

El cuadernillo ilustrado por el viejo puente que yo llevaba en mi bolso acumuló montones de líneas a cuenta de aquella línea que describía tu estado civil. Mientras, los posibles datos que deberían deducirse de tu muerte, en lugar de condensarse, se me evaporaban. Las peticiones de información acerca de tu entierro se perdían en las trampas de la burocracia, intentar descubrir dónde te enterraron era toda una aventura llena de caminos que no llevaban a ningún lugar, todo lo referente a Renée se perdía en remolinos interminables. Quise pedir su partida de nacimiento con el fin de aprovechar los datos que contuviera, como el nombre de su madre, pero no podía rellenar el impreso de petición precisamente porque me faltaban datos. Tampoco pude sacar nada claro del consulado. La suerte me había dado la espalda. Después de unos cuantos intentos llegué a la conclusión de que no conseguiría nada si no me presentaba allí mismo en persona. Pensé que todo aquello

que se me hacía cuesta arriba al comunicarme por teléfono, email o correo, sería más sencillo al encontrarme cara a cara con el interlocutor, mirándole a los ojos delante de la ventanilla, intentando darle un poco de pena con mi rudimentaria forma de hablar su idioma. Miré al calendario, buscando un puente o algún día festivo fuera de las vacaciones, pero mi marido no quería comprometerse a ir tan lejos sin tener datos más concretos.

El jueves a última hora Evelyne me hizo un hueco. Nada más acercarme a la entrada de la peluquería, sentí el olor del vapor que desprendía la permanente de la clienta anterior, esa mezcla química de laca y ácido que sirve para rizar el pelo esparcida por el calor del secador. En tono de preocupación le comenté la idea que solía venirme a la cabeza cada vez que pisaba la peluquería: me preguntaba que, si se pasaba el día entero sumergida en esa borrachera de olores, qué tal se las arreglaba después en la calle o en la cocina. Expresé mi duda razonable sobre si su olfato era capaz de diferenciar el olor del perejil del olor del detergente o, si por el contrario, debía de apoyarse en la vista para las ocasiones en las que la nariz, con toda su sensibilidad agotada, ya no podía distinguir los olores de las cosas. Ella hizo como que no me había oído y, con la excusa de que no esperaba a nadie más, cerró con llave la puerta tras de mí. Su socia había apagado la radio al marcharse. Evelyne, desde esa posición superior que le daba la postura de anudarme la bata detrás del cuello, aprovechó aquel silencio y esa licencia que da la soledad para sacar el tema de mi anterior visita a su peluquería como si fuera una navaja, suavemente. Inocentemente, me preguntó si había adelantado algo en la búsqueda, si había conseguido dar algún

paso adelante, o si había llamado al genealogista, o si el pasado seguía tan oscuro como antes. La peluquera me hacía estas preguntas como si me estuviera pidiendo que le contara en confianza el final de una película.

Si se hubiera tratado de otra persona yo le habría respondido con una negativa repleta de excusas. Ni tan siquiera hubiera pensado una justificación típica y educada, como el hecho de que han pasado demasiados años, de que el tiempo no pasa en vano, que sin medios es imposible, que si tal, que si cual. Por inercia hubieran salido de mis labios todas esas palabras que sabía de memoria y que yo empleaba con total convicción antes de haber emprendido este trabajo, todas esas pequeñas mentiras piadosas que suenan incluso más creíbles que la verdad. Si hubiera sido otra persona, yo habría elegido la seguridad, la cerrazón, la discreción. Proteger el nombre. Pero se trataba de Evelyne, una de las pocas extraterrestres de mi pequeño mundo, una casualidad trimestral de esas que no atan.

Se lo solté todo. Todo iba brotando de mi interior de manera automática, sin pensar en las consecuencias. Mis preocupaciones, obsesiones, miedos, manías, incapacidades, nerviosismos, incluso esos pensamientos oscuros que ni tan siquiera habían salido en mis conversaciones con Edu. Que yo no sabía cuándo podría contar lo que había descubierto, ni cómo, ni a quién y ni hasta dónde podría contarle. Que tenía que guardar todo el conflicto internamente, para mí misma, para mi volcán interior. Ella me escuchaba callada, tal vez porque la incomodaba darse cuenta del plano al que la había llevado su pregunta de cortesía. Con tono de persona herida le

expliqué que, en el certificado de defunción, aparecía como declarante su hija Renée. Hice una pausa. Necesitaba respirar. Entonces Evelyne pensó que yo pedía un relevo en la conversación y empezó a responderme, al principio con pudor, luego más rudamente y, al final, con mucha gesticulación, como si de repente hubiera llegado a averiguar que cada decisión que habías tomado en tu vida la habías tomado de manera descabellada e irreflexiva, y siendo así, como si ella se sintiese libre de decir cualquier barbaridad sobre ti.

-¡La leche! ¡Menuda calamidad! Si es que algunos no piensan más que en follar, en seducir a la primera que se les pone al lado, probar de todas las mieles posibles. En la guerra, en la paz, en el exilio o en cualquier estadio en que se encuentren, lo único que les apetece es soltar la semilla y después largarse. Anarquista... tú... ¡Menudo pichatiesa! Estáis mucho mejor sin ese imbécil.

-¡Pero bueno! ¿Acaso estás hablando de mi abuelo? -la detuve, sugiriendo que te había confundido con alguien que suele convertir en calvario la vida de los que le rodean. Su burla sarcástica y su comportamiento tan ofensivo me tenían atónita.

Pero la verdad es que, por desgracia, no me había mencionado nada que yo no hubiera pensado de antemano. Me vino bien oír en boca de otra persona los temores y sospechas que yo misma había condenado a permanecer en un cuadernillo privado, me di cuenta del ruido que podía crear todo esto, sobre todo el tono, sí, eso mismo, el efecto que iba a causar tu historia en el oyente. Ya no me servían las

impresiones creadas en la única persona que hasta ahora conocía todo este proceso, mi marido, porque estaba demasiado contaminado por mis opiniones. Malpensado, cuando llegó la primera carta de París por su cabeza, seguramente, pasó algo similar a lo que Evelyne expresaba, su risita le delató...

Por lo tanto, si contara a la gente lo que había recopilado hasta el momento, tu historia les sugeriría directamente el abandono, les vendría a la cabeza la decisión interesada y consciente de largarse, la más egoísta de las que existen, la decisión de haber desaparecido intencionadamente. Nadie iba a intentar indagar más allá de lo superficial. Nadie iba a intentar imaginar nada alrededor de los límites de lo posible, la guerra iba a desaparecer del escenario e iba a dejar de ser el motor principal de tu historia. Todo esto me sacó de mis casillas, Evelyne y el mundo. Ese mundo simplista. Estaba enfurecida y me puse como una loca. Le eché en cara su falta de profundidad, su condena fácil y vete a saber qué más cosas.

-¡Te habrás quedado tan ancha! -le dije-, pero ¿cómo se puede desgarrar de esa forma a alguien sin tan siquiera conocerle? Sin saber nada de nada de esa persona. Te has tomado los prejuicios por ley y no me has soltado más que mierda.

Miré el babero que me había atado al cuello, sentí los puños cerrados de mis manos, miré las pinzas de colores que colgaban de mi pelo mojado. Cuando el olor resultaba ya inaguantable, el espejo me devolvió mi mirada, cargada con la cómica imagen de mi aspecto. Ahí estaba yo, en aquella

situación surrealista, sumergida en aquel olor intenso, fuera de mí e intentando machacar a mi peluquera a fuerza de decibelios mientras que ella buscaba un sitio donde refugiarse.

Pero, como bien reza el dicho, perro ladrador poco mordedor. Igual que me hierva la sangre, se me aplaca el enfado a la misma velocidad, así que cuando Evelyne empezó a quitarme los pelos de la nuca con el cepillo yo ya le estaba pidiendo perdón. Por instantes me miraba con disimulo y con el ceño fruncido. Me quedé mirándola y le dije que la había tomado como un espejo, que todo lo que tan feamente le había dicho, no eran más que reproches que me hacía a mí misma, y no una riña contra ella. En todo caso, se merecía que le diera las gracias por haberme escuchado, por haberme propuesto ideas, por haber provocado en mí semejante agitación. Seguidamente le hablé del desasosiego que me creaba querer y no poder encontrar a Renée. Así, le lloré sin lágrimas, y me fui de allí totalmente arrepentida, después de pronunciar en penoso tono un “hasta pronto” que sonó como “hasta nunca” en aquella niebla de lacas y perfumes.

Tres semanas después, un día en el que la jornada no me deparaba gran cosa, me di cuenta de que Evelyne venía corriendo tras de mí. A paso rápido y con prisas, como siempre, yo caminaba por la acera de enfrente de la peluquería, iba a la panadería que se encuentra unos cien metros más arriba. Evelyne llevaba puesta su bata y calzaba zuecos ortopédicos, había salido sin perder un instante en cuanto me vio pasar, dejando a la clienta en manos de su socia para que siguiera arreglándole el pelo. No hacía mucho tiempo desde que nos vimos envueltas en aquella situación tan incómoda, por lo que

me extrañé de que se acercara a mí con una sonrisa tan amplia. Miré a los dos lados, por si acaso, tal vez me equivocaba y en realidad llamaba a otra persona. Llevaba un papel doblado en una mano, y una prisa increíble por darme unas explicaciones directamente y poder volver corriendo al trabajo.

Pasamos los tres primeros minutos interrumpiéndonos mutuamente, hablábamos atropelladamente sobre el enfado que tuvimos, mientras una pedía perdón, la otra se echaba la culpa sobre sí misma, no nos dábamos la oportunidad de acabar ni la frase más corta. Por fin, callé. Entonces me llegó el regalo que me traía.

Al día siguiente de escuchar mi historia ella llamó a una antigua amiga que había conocido porque sus maridos eran íntimos amigos. Tiempo atrás, los cuatro solían hacer planes muy a menudo, quedaban para cenar o para divertirse juntos, mirando un partido por la tele, a veces se juntaban para tomar unas copas durante las fiestas. Por desgracia, la felicidad no duró mucho; junto con el divorcio de la pareja la relación de las dos mujeres se enfrió, dando por sentado que era la relación de los hombres la que debía perdurar, muchas veces las circunstancias obligan a elegir.

Ni siquiera me dijo cómo se llamaba la mujer pero, historias aparte, resultó que trabajaba en las oficinas de la Seguridad Social. Aunque los datos que manejan son datos públicos, parece que un empleado no puede servirse de ellos y no se pueden dar los datos personales a cualquiera, sería como convertir a los funcionarios en fuente de información, deslizándose entre los límites de la legalidad, el camino más

directo al precipicio. Pero bueno, yendo al grano, esta mujer estuvo indagando con los pocos datos que le había dado Evelyne y escribió el fruto de sus pesquisas en un trozo de papel para ella, como premio por haber retomado la vieja amistad que hacía algunos años las unió.

Evelyne se calló e intentó controlar sus nervios, hizo un esfuerzo para respirar con normalidad y me puso el papel en la mano.

Hasta que lo desdoblé no pude imaginar qué era lo que tan ansiosamente intentaba decirme:

Van Hamme, Renée

7, rue des Loups

59081 Roubaix

Apellido de soltera: Bermejo. Nacida el 14 de marzo de 1959 en Tourcoing Nord.

Sin poder decir ni una sola palabra la abracé, la besé y la apreté entre mis brazos una y otra vez. Cuando recuperé el control de mis cuerdas vocales, la invité a tomar algo para recompensar su esfuerzo, un café, un cognac, una copa de champagne, lo que le apeteciese. Pero ella tenía que volver al trabajo. “Ya me contarás” me gritó mientras corría hacia la peluquería.

Tal y como te he dicho alguna vez, la gente tiene corazón. A la gente le vence la intención de ayudar al prójimo,

ciertamente, la gente hace todo lo que puede cuando han entendido el problema que se plantea.

Aunque a veces haga falta reñir un poco.

XIV. RUMBO AL NORTE

Fue a finales de agosto cuando pusimos rumbo al norte.

Partimos un poco antes de que el éxodo que crea el final del periodo vacacional hiciera insoportable el tránsito en las carreteras, sin darnos demasiada cuenta de que llegaríamos en las fechas del aniversario de tu fallecimiento, pero conociendo que debíamos dibujar en el mapa una línea más o menos recta de unos mil kilómetros para llegar a nuestro destino.

Las niñas estaban encantadas con el viaje, les habíamos prometido hacer una parada en París, concretamente en Disneyland, en donde gastar más de la cuenta entraba dentro de la misma aventura.

Mi marido y yo no vivíamos aquella experiencia con mucha alegría. El deseo de conocer la verdad nos empujaba con su energía, lo sentíamos como una presión que nos hostigaba hacia la liberación por el conocimiento de tu historia real, percibíamos una fuerza que actuaba sobre el talón de cada paso para que diéramos un paso más sin que se opusiera ninguna resistencia. Sin embargo, éramos conscientes de que no caminábamos limpiamente por el sendero, nos parecía que

actuábamos a escondidas, percibíamos nuestro silencio. Sin duda alguna, lo peor de todo era que nos percatábamos de que estábamos mostrando a nuestras hijas cómo se miente. Esta inquietud nos colocaba al borde de la paranoia y, entonces, todo cambiaba de sentido. Ahora la visita al reino de Mickey Mouse dejaba de ser la coartada que servía para justificar nuestro viaje y se convertía en el soborno que compraba la confidencialidad de nuestras hijas.

La ocultación es una masa oscura que pesa demasiado. La euforia, la adrenalina, el poder que trae consigo saberse el único conocedor de un secreto, conviven con dificultad con esa lucha interminable contra la prohibición de compartirlo. Las promesas que nos habíamos hecho se convertían en papel mojado y, finalmente, terminamos aligerando nuestra pesada carga más frecuentemente de lo que deseábamos. Y en ese momento siempre se repetía la escena que viví con Evelyne, como cuando a un niño se le revienta el globo inesperadamente en el mejor de los momentos de su arriesgado juego con un material tan frágil. Desde el primer instante en que un oyente de confianza escuchaba tu historia de nuestros labios, nos expresaba un aluvión de razonamientos y opiniones de lo más fantásticas y disonantes. Despojado de sus capas de protección, al oyente se le escapaban demonios que, de no ser por la situación creada, jamás se los hubiésemos conocido.

-Vaya, o sea que se fue con otra mujer; pues no es para tanto. Se olvida y listo.

A Pernan, amigo de Edu, siempre le habíamos oído toda clase de comentarios negligentes y despreocupados sobre las relaciones humanas, aunque, desde que lo conocemos, en su vida y en sus circunstancias parecía cada vez más ligado a las tradiciones.

Pero aquella vez, en cuanto le reprochamos lo que acababa de decirnos y supo que teníamos la intención de seguir adelante, subió de tono y expresó un comentario de mal gusto y poco tacto por su parte. Pernan no hablaba en broma porque a nosotros nos parecía muy humano meterlos en tus asuntos para comprenderte:

-Joder, mira que sois. No entiendo para nada ese empeño vuestro de meteros en los pantalones de los demás. Esas historias personales hay que dejarlas como están. No se tocan, no se juega con ellas, no se marean las cosas, ni se cuentan. Tampoco hay por qué dramatizar. Sólo hay que callar y olvidarse del asunto.

Aparte de darnos cuenta de lo mucho que se estaba enfadando, nos hicieron falta otras cinco o seis frases incómodas y otras tantas sugerencias subliminales para imaginar las razones que se escondían tras este choque tan frontal. Pudimos entender que, en aquel descalabro emocional que duró unos larguísimos minutos, él no se estaba refiriendo precisamente a tus pantalones, sino a los suyos y a los de sus compañeros de los Comandos Autónomos Anticapitalistas, allá por la década de los 70. Se estaba refiriendo a la clandestinidad en general, a la suya, a la tuya y a la de otros muchos, como marco general para contener tu verdadera historia, tu historia

única e incuestionable, tu derecho a haberla vivido dentro de ese espacio tan especial y diferencial.

-La persona que no haya pasado por ahí no es capaz de imaginar lo que se vive en esas situaciones y tampoco es capaz de entender la complejidad de las decisiones que han de tomarse. Nada es blanco o negro, nada es lo que desde fuera parece y, a pesar de eso, vosotros estáis intentando sacarle punta a todo. ¡Qué osadía la vuestra! Creedme, haber conocido a otra mujer no es lo peor ni lo más extraordinario que le haya podido pasar. Que haya creado otra familia es perfectamente aceptable. Vosotros respetadlo, y todos en paz.

Pero yo no era capaz de entender lo que intentaba echarme en cara. ¿Que miraba las cosas desde la comodidad de hoy en día? ¿Que me portaba como la imbécil que no es del grupo de los exiliados? ¿Que realmente estaba desarrollando el morbo del voyeur? ¿Que estaba juzgando el valor de un soldado según el grado de fidelidad que haya guardado a su familia? ¿Que la disculpa de tener la misma sangre no es suficiente para inmiscuirse en la intimidad de un desaparecido? ¿Que intentaba restar valor a los movimientos liberadores del anarquismo utilizando nuestros problemas domésticos?

Es posible que Pernan no anduviera mal encaminado. El simple hecho de reconocerlo me daba mucha rabia, por mucho que yo me autodefiniera como diferente. Lo que yo iba a hacer con plena consciencia era exactamente aquello que negaba a toda costa: meterme en tus asuntos con la excusa de tener tu mismo código genético. Pasarlo todo por mi filtro y juzgar si la historia iba a ser presentable delante de mis padres. De alguna

manera, desde el comienzo, yo misma me iba a colocar en las estratosferas donde el bien y el mal compiten por su sitio.

Tu historia era interpretada...

Así, la primera parte del viaje la hice sumida en la nube oscura que la tensión de ese pensamiento me creaba, me pareció estar recorriendo un trecho bastante largo. Realmente, el cuentakilómetros del salpicadero marcaba que sólo habíamos recorrido un tramo relativamente corto cuando paramos en una de esas áreas de servicio que parecen todas clonadas. Hicimos una pausa para comer, descansamos física y mentalmente, disfrutando un poco de las novedades que nuestras hijas vivían en este escenario nuevo para ellas.

De vuelta en el coche, la mirada y la mente se nos perdían en el paisaje que se vislumbraba por la ventana. Vimos pasar rápidamente praderas verdes, anchos campos de cultivo, series interminables de máquinas de riego moviéndose incansables, como queriendo ahogar el aburrimiento del entorno, pueblecitos a lo lejos muy separados de la autopista. Parecía que el mundo corría a nuestro alrededor mientras nosotros estábamos quietos. Envuelta en esta relatividad me vino a la cabeza el proceso que habíamos vivido, el hecho de haber partido de aquel sueño nocturno para dar cuerpo a tu historia diez meses más tarde. Un proceso que, a veces, se me hacía tan creíble y tan fundado como irreal otras veces, que me turbaba hasta el punto de encerrarme en un mundo de fantasías si no llegaba a ponerle límites a mi imaginación. Luego, con melancolía, me venía el pasado, aquel tiempo en el que fuiste un soldado

heroico que desapareció. Aquella época me resultaba más fácil, más explicable.

A medida que recorriamos los kilómetros, la panorámica de Tourcoing fue tomando poco a poco todo el protagonismo. En los primeros contactos con Renée, tus fotografías fueron el lenguaje común que nos permitió acertar sobre qué era lo que teníamos que comunicarnos y cómo debíamos de hacerlo. Tus imágenes se convirtieron así en nuestro idioma común, en el único puente que mediaba entre las frases formales y las torpes sospechas. Yo recibí una foto de cuando tenías unos 50 años que me mandó por email Delphine, la hija de Renée. Y pudimos añadir una rama más al árbol que acabábamos de descubrir.

Creo que lo que sentí fue algo similar a la paz, como si una especie de lluvia suave de tranquilidad me hubiera sorprendido y me hubiera ido mojando poco a poco hasta calarme con su calma. Por un lado, la tranquilidad de comprobar que tu vida se alargó bastantes años, más allá de la guerra. Por otro lado, porque te podía reconocer y confundir con un hipotético hermano de mi padre, aquella edad de la fotografía os acercó tanto al uno del otro que parecíais copias gemelas: la forma de la cabeza, la calvicie, el gesto fruncido de la frente, las arrugas de la barbilla. A mis ojos, tenías una cara que transmitía confianza, sugería en ti una mezcla peculiar de inocencia y de dureza juntas. Me pareció que sería un elemento muy a tener en cuenta si algún día daba el paso y me decidía a contar tu historia.

Primero les envié la única copia de la fotografía familiar que teníamos en casa, una en la que posabais la abuela y tú con vuestros hijos delante de un mural bucólico. Fue algo que les conmovió profundamente, según me dijo Delphine en su carta de agradecimiento, sobre todo porque jamás te habían imaginado con la edad que tenías en la foto, tan solo 24 años. Además de que, para ellas, hubieras nacido con 40 años y otras tantas heridas, les impresionó reconocer a la mujer que posaba a tu lado. Aquella cara femenina había vivido entre ellos tanto como tú porque la llevabas tatuada en tu antebrazo, junto con el nombre de Aurora. Nunca les aclaraste a quién pertenecía.

Después les mandé el retrato de la tía, y un par de fotos de mi padre. Una de ellas muy dulce, en la que aparecía jugando en el parque, rodeado de nietos. En la otra llenaba todo el encuadre, se le veía pensativo y solo. Cuando las recibieron, Renée debió de entrar en un estado de total aturdimiento, no es difícil imaginar por qué. Pasó los siguientes días sospechando ser la víctima de alguna broma macabra, viendo fantasmas por todos lados, hasta que, ya agotada, empezó a preguntarse por los oscuros 40 años de su padre, por su procedencia, sus pesadillas y su tatuaje. Y se dio cuenta de que apenas sabía nada.

Ante pruebas tan irrefutables, nos faltó algo más de lo que dura un rayo para hacer la maleta, estudiar el viaje y prometerles que partiríamos hacia allá enseguida. Lo básico ya lo sabíamos. Todo lo demás, preferíamos escucharlo estando presentes, cara a cara.

XV. ¿QUIÉN HAY ALLÍ, EN EL NORTE?

Nuestros pensamientos jugaban con tu figura en un intento de integrarla en la fotografía de aquel paisaje que desfilaba tras los cristales y que cada vez estaba más próximo a nuestro destino. Deseábamos darle forma a tu imagen de trabajador revolucionario saliendo de la estación del tren de Alsasua para llegar a las afueras de la ciudad de Lille, podríamos decir a Roubaix, Wattrelos o a Tourcoring. En aquellos lugares próximos a la frontera con Bélgica se había vivido la onda expansiva de la industria textil y ambas cosas marcaron durante muchos años el destino de grandes masas de trabajadores. Allí, las largas chimeneas de las fábricas funcionaron como cepos que atrapaban con su pegamento oscuro y bajo sus ladrillos rojos a emigrantes ibéricos e italianos. Hoy sólo son grandes espacios vacíos, habitados por fantasmas. Intentábamos imaginarte allí e imaginamos a alguien desdichado, tan despojado de felicidad como el frío que traería el invierno de aquellas latitudes. Parecía que creando tu desdicha intentábamos proteger los corazones de los nuestros, como si no tocara que te hubiera ido bien. En realidad, nuestras imágenes mentales surgían del deseo de descubrir cómo pudo transcurrir tu vida allí, en ese destierro que ideábamos lleno de calles despobladas de gente y de

alegría, dentro de unas casas tan adosadas que parecían una batería de pequeñas cuevas.

También, antes de llegar a casa de Renée, intentábamos tener ensayados todos los temas que pudieran salir en la conversación. Realmente, nosotros desconocíamos si había algún modelo a seguir en aquella situación tan especial, ni tan siquiera sabíamos lo que se podía esperar, lo que nos correspondía hacer y lo que no nos correspondía hacer. Habíamos creado la idea de un acercamiento tranquilo, en un lugar en el que todos nos sentiríamos como cuando estás en un ascensor, rodeado de personas desconocidas, compartiendo un espacio cerrado y reducido, como intimidados, intentando gestionar ese tiempo tan denso con palabras agradables.

-Así que sois vosotros.

Una mujer que no se parecía a nadie y que era más joven de lo que habíamos imaginado, nos dio la bienvenida. Cuando acercó sus mejillas para darme dos besos percibí que estaba sofocada por el calor, así que comenzamos hablando del bochorno que nos agobiaba aquella mañana, luego continuamos creando el calor de la conversación con algunas escenas de nuestro largo viaje, la monotonía de la carretera, las paradas para estirar las piernas y la visita a Disneyland. Estábamos sentados alrededor de la mesa de la sala de la familia Van Hammer. El marido de Renée, Laurent, nos ofrecía unos refrescos mientras posaba fijamente su mirada sobre cada uno de nosotros, casi descaradamente. En estos momentos la conversación superficial permitía que nos radiografiáramos unos a otros.

Todavía no habíamos hablado de nuestras cosas más personales, de nuestro trabajo, nuestro modo de vida, de nuestra casa y nuestra familia, en fin, de esos temas que se utilizan para completar la red de lugares y personas constantes que forman el mapa particular de cada uno, cuando, de pronto, Renée pasó directamente al centro de la cuestión que nos había llevado hasta allí, entró a la raíz de sus preocupaciones y lo hizo de repente, como si se le hubiese acabado la paciencia para escuchar todo lo demás.

-Y allá, en vuestra tierra, ¿estaba casado? -de momento, eras innombrable.

Ella había soltado su pregunta mientras se quitaba las gafas para limpiarlas y yo, que estaba intentando despejar la cuestión de si el color verde y pardo de sus ojos te lo debía a ti, tuve que hacer un esfuerzo para poder prestarle atención.

-Sí, pero no por la Iglesia -le contesté firmemente, aun sospechando que se trataba de una pregunta trampa-. Se casaron por lo civil, vestidos de calle, sin vestido blanco.

Como si no me oyese del todo bien, me hizo repetir esta respuesta más de una vez. Laurent también se quedó quieto por un instante para luego correr a buscar algo de comer que acompañara a las bebidas. Renée me miraba como si le hubiese contado una mentira increíble, no podía cerrar completamente la boca y mantenía el ceño fruncido, su mano derecha sujetaba con fuerza el vaso que tan sólo contenía un trozo de hielo.

-Es que eran anarquistas...

Mientras escuchaba, mi voz me pareció que estaba contando la cosa más obvia y, precisamente por eso, la más trivial, como cuando deseas dar una explicación lógica pero no salen más que tonterías de tu boca. Pero yo no podía dejar de mirar a aquellos ojos verdes y miel que reflejaban chispas; podía hacer cualquier tontería a causa de ese nerviosismo que tanto me apretaba las mandíbulas.

-Ya conocéis el dicho -continué para romper el silencio-. Ni dios, ni patria, ni rey...

Renée llevaba colgadas del cuello una medalla y una cruz de oro, que, cuando las descubrí, no me pareció que las llevara simplemente por estética. “No es posible” repetía con voz temblorosa, mirando a su marido. El repetía con complicidad lo mismo, girando la cabeza, de izquierda a derecha primero, y de arriba abajo después. Casado, pero al margen de la Iglesia. Les parecía una broma de muy mal gusto, una broma pesada, la situación que yo describía con mis cortas respuestas no se podía aplicar a su padre, a su suegro...

Aquello no podía ser; allí nunca te quisiste casar. Ni siquiera cuando fuiste padre de nuevo. Sin embargo, ibas a la iglesia todos los días y el párroco fue tu mejor amigo hasta el momento de tu muerte. Mientras yo les hablaba de ti y del anarquismo, Renée hablaba de su padre. Cuando aseguró que, pasara lo que pasara, tu siempre buscabas cobijo en los alrededores de la casa del Señor, sea cuando salías del trabajo, o los domingos, cualquier momento era propicio para ello, yo sentí un aire de surrealismo absurdo en la escena y tuve que reprimir mis ganas de reír. Cuando no estabas con el cura, te

dedicabas a repartir monedas a los indigentes que se reunían a las puertas de la iglesia, sacabas tus cigarrillos y los fumabais juntos hasta agotar el paquete. A veces, llevabas a alguno de ellos a casa para que pudiera alimentarse, para que se calentara. Henriette, tu compañera, se enfadaba contigo porque le trastornaba esa obsesión tuya de acoger a cualquier desconocido que encontraras por la calle y que estuviese necesitado de algo que tu pensabas que podías satisfacer.

Contaron que la iglesia se llenó a rebosar durante tu funeral. La gran mayoría de los que se reunieron alrededor de tu féretro eran indigentes, aquellos desamparados que durante años merecieron las pocas monedas que tenías, los que disfrutaron de tu confianza. Al terminar la misa improvisaron una despedida a tu manera, con una reunión a la puerta de la iglesia para compartir charla y cigarrillos, fue su homenaje de humo mezclado con recuerdos de las cosas que ya no van a volver a ocurrir. Antes de llegar a este punto de la historia, las ganas de reír que había sentido se habían ido sustituyendo poco a poco por la emoción contraria y ahora tenía que contener las ganas de llorar.

-En ese sentido era terrible -recalcó Renée con un suspiro-, lo suyo era siempre para los demás. No era capaz de acumular más de dos monedas en sus bolsillos.

-Pero ¿qué decía sobre casarse? -Preguntó Edu, con cierta curiosidad morbosa.

-Que no le hacía falta; aparte de eso, tampoco mucho más. Y como a nuestra madre tampoco le importó... Oye, pero en el

momento de llegar aquí, ya sería libre de toda atadura, ¿no es cierto?

Al comprobar que no era así, agachó la cabeza. Desde que había incluido a su madre en la conversación se le estaba encogiendo el corazón. Su marido se había sentado detrás de ella y alargó los brazos para posarlos sobre sus hombros y expresarle su apoyo. Comenzó a murmurar como si estuviese hablando consigo mismo.

-Lo que hay que ver, casado y, encima, ateo...

Yo les expliqué varias cosas con toda sinceridad, les dije que no obedeciste a la Iglesia en Alsasua, que no quisisteis bautizar a vuestros hijos, pero que, a tu manera, debías de ser creyente puesto que en las cartas que mandaste desde tu destierro siempre había alguna alusión a Dios, y esto es algo que no hace quien reniega. Escribías cosas como “gracias a Dios, me encuentro bien”. También les comenté que incluso llegaste a rogarle, como el momento que pediste salir con vida de la prisión de Marsella, o cuando rogaste para poder juntarte cuanto antes con tu mujer y tus hijos...

-¡Pero de qué prisión me estás hablando! ¿En Marsella?

Renée se abanicaba desde hacía tiempo, se podía ver que el calor del ambiente y el acaloramiento que generaban los roces de las historias pasadas que intercambiábamos la perturbaban sensiblemente. Sin embargo, no era la sorpresa lo que a mí me daba miedo sino la velocidad que llevábamos y las consecuencias que podrían acarrear las prisas, los malentendidos, las cosas dichas a medias. Yo estaba siendo

muy indiscreta respecto a ti y me sentía como una delatora delante de ellos, pero ya no cabían los arrepentimientos; era demasiado tarde para echarse atrás.

Me referí a tus cartas, a esas cartas que han perdurado y llegado hasta mis manos, les hablé de las cosas que contabas en ellas, las calamidades que describiste. Mientras lo hacía, era consciente de que esta enumeración de miserias podía crear en ellos algunos sentimientos hacia ti que tal vez fuesen incapaces de expresar.

Renée cayó claramente en una dualidad incompatible de emociones y sentimientos. Por un lado, deseaba conocer todos los detalles de tu historia pero, al mismo tiempo, perdía todo interés en conocerlos. Le interesaba el pasado de su padre, tus raíces, tu origen, tu juventud, lo que dejaste atrás, lo que nunca les contaste, los secretos que ocultabas. Pero, al mismo tiempo, tenía miedo de que el conocimiento de ello resquebrajase los cimientos de su vida actual.

Agotada en la tensión de esas emociones contrapuestas me pidió consejo, llegó a suponer que yo era la única persona capaz de ayudarla a comprender la situación de manera racional. Yo decliné, un tanto avergonzada:

-Me tienes que perdonar, Renée, pero yo he mentido y ocultado cosas para poder llegar hasta aquí. En casa nadie sabe dónde estamos, ni tan siquiera saben que existís, y puede que jamás lo sepan dado el dolor que se puede crear si destapamos la verdad. Me siento como un sherpa que abre un camino para nadie, ¿tú crees que mi opinión puede tener algún valor?

-Mi padre fue un hombre bueno, un hombre entero con un gran corazón, esto debe de quedar bien claro -me interrumpió Renée, temiendo que yo pudiera hacerme una idea equivocada respecto a la cuestión sobre tu entereza.

-No me cabe la menor duda -le respondí relajada-. Si no lo pensásemos así no habiéramos venido hasta aquí y no estaríamos hablando en persona. Solo te pido que nos cuentes quien fue, qué clase de vida llevó, si a ti te parece bien. Y salvo que te generase un nudo que no puedas asumir, me gustaría que me contases hasta dónde llegaba su memoria, hasta qué punto retrocedía en el tiempo, para ver si podemos encontrar el momento en que cortó con nuestro pasado, el momento en el que colocó su *finis terrae* personal.

Le hubiera prometido que la iba a escuchar sin ningún prejuicio, que en cuanto supimos que habías sobrevivido habíamos decidido no pasar a ninguna fase de enjuiciamiento de tu vida, y que nuestra intención no era valorar la historia, sino encontrar el hilo conductor. Pero nada de esto me parecía creíble a mi misma así que solamente pude expresar una frase con dudosa naturalidad.

-No hemos venido a destruir nada.

Renée secó la humedad de sus ojos cuando estaba a punto de convertirse en lágrimas y consiguió mejorar su estado de ánimo.

-Laurent y yo hemos tenido cinco hijos -nos dijo, señalando a su marido-; tenemos tres nietos y, además, desde que dejé el trabajo en el almacén de ropa, me ocupo por las tardes del

cuidado de un pequeño de seis años. Antes acababa con la espalda molida de tanto agacharme.

Se puso en pie y en ese francés que suena tan especial cuando adquiere un tono musical, se dirigió a las niñas para ofrecerles un plan con el que no se aburriesen.

-Venid, venid, a ver si encontramos algo que os interese.

Ellas me miraron en actitud de pedir permiso.

-Las niñas no son muy habladoras, y menos aún cuando tienen que comunicarse en francés.

Renée cogió a las pequeñas de la mano y se las llevó mientras hablaba.

-No te preocupes. Mi padre también era muy torpe al hablar, nunca consiguió hablar bien el idioma. Cuando éramos pequeños se dirigía a nosotros en castellano pero lo tengo todo olvidado porque cuando crecimos dejó de hacerlo. Los profesores de entonces le recriminaron que, con ese método, no ayudaba ni a la escolarización ni a la integración de sus hijos, le aseguraron que entorpecía nuestra identidad como franceses. En todos sitios cuecen habas que se dice. Pero bueno, no nos fue nada mal, creamos nuestra propia forma de hablar...

Cuando volvieron las tres sonriendo y trayendo una caja llena de juguetes, un montón de papeles y unas pinturas, el ambiente se llenó de magia. Aquella mujer que no se parecía a nadie estaba reluciendo con unas cualidades que nosotros

reconocimos como muy nuestras: su manera de andar, como meciéndose, su ser incondicionalmente niñera, sus gestos, el brillo de sus ojos verdes y miel, en fin, otros tantos pequeños detalles imposibles de describir con leyes de genética.

Y llegó el momento de hacer la pregunta que a mí me atormentaba:

-Y vosotros, ¿cuántos hermanos sois?

Ella me miró y me respondió con otra pregunta.

-¿Os apetece algo para comer?

XVI. LO IMPERDONABLE

Cuando no se espera ninguna recompensa tan importante como la constatación de una terrible muerte, todo lo que aparece en el camino sabe a bueno para quien anda buscando, todo lo que se encuentra es positivo y estimulante, aunque vaya a invertir completamente los valores de la ética, porque cada novedad coloca al caminante en un nuevo punto de partida y lo sitúa ante un mundo mucho más amplio donde poder rastrear, un mundo donde la superación de esa muerte es posible y donde la supervivencia se acepta como un nuevo timón para la búsqueda. Lo que realmente desmoraliza es no tener nada. Nada, ese vacío tan mezquino.

Nosotros tuvimos muy presente esta premisa mientras nos explicaban los pormenores de tu vida. Aunque nuestros interlocutores no parecían especialmente entusiasmados trayendo recuerdos, nos resumieron las escenas más destacables de tu vida con frases simples y llanas, en un tono bastante uniforme, sin mucha modulación, dando saltos en el tiempo, dejando conscientemente a un lado la lógica del encadenamiento de los sucesos. Nos dijeron que para poder sacar adelante a la familia, trabajaste duramente en una tintorería durante muchos años. En el año 1949, mientras

trabajabas en el sector maderero de Las Landas, conociste a Henriette en la ciudad de Burdeos, que era su lugar de nacimiento. Al poco tiempo, una tía suya os ayudó a viajar al norte, donde pudisteis asentaros en las afueras de la ciudad, junto a gente de clase trabajadora, viviendo siempre en casas de alquiler, rodeados de emigrantes de habla castellana. Tuvisteis cuatro hijas: Rosita, Laurita, Margarita y Renée, que tomó el nombre de su hermano René, nacido antes que ella y muerto al poco de venir al mundo; te gustaban los niños y las niñas como a pocas personas en este mundo y precisamente tuviste la relación más estrecha con Renée, la más joven de tus hijas. Un ictus te dejó postrado en la cama durante largo tiempo, incapacitado.

Cuando estabas contento cantabas aquella canción que decía, “la cucaracha, la cucaracha”...

Aún temiendo que pudiera parecer frívolo o artificial, durante las cortas pausas de su relato les dedicábamos una gran sonrisa con la esperanza de que entendiesen nuestro esfuerzo en asimilar con naturalidad las cosas que nos contaban, queríamos expresar nuestro deseo de que nos relatasen tranquilamente todo lo que les viniera a la cabeza. Escuchara lo que escuchara, yo me decía a mí misma que tenía que tomarme las cosas con alegría, esperaba que poco a poco algo parecido al sosiego se adueñaría de mí, confiaba en que, escena a escena, el conocimiento me traería la calma. Yo pensaba que construyendo tu historia dejarías de ser un fantasma, que la única manera de que te convirtieras en un ser de carne y hueso era comprender que tu vida aquí tuvo un ciclo natural: amar, crear un círculo, trabajar, tener descendencia,

criar, gozar, envejecer y finalmente morir tras haber acumulado un número de años aceptable. ¿No es precisamente ese el preciado tesoro que se le desea al prójimo como felicidad? ¿y no se desea así con más razón a los de tu misma sangre? Aunque el hecho de que decidieras borrar tu pasado y tus raíces nos pareciera incomprensible, siempre es más deseable esa amnesia voluntaria que el hecho de morir ejecutado en cualquier cuneta. Y no solo resulta muchísimo más deseable, sino que además la continuidad de tu vida era un hecho que debíamos de celebrar, porque ¿no es justamente esa la esperanza inconfesada que alberga el descendiente de la víctima?, lo que desea en su interior cualquiera de los huérfanos y viudas que dejó aquella sucia guerra ¿o incluso no es ese mi propio deseo?, encontrar vivo por puro azar a aquel que desapareció.

Sin embargo, el exceso de normalidad que desprendía el relato nos dolía. Ese modo de vida tan corriente, esa simplicidad de tu día a día hizo que zozobrarán todos los entrenamientos sobre justicia y moral que quise aplicarme a mi misma durante esos meses. Te confieso que aquella noche, al llegar al hotel después de cenar, se me fue la mano al intentar poner orden en mis ideas escribiéndolas en mi cuaderno terapéutico. Rellené muchas páginas. Añadí definiciones nuevas a términos como paternidad, masculinidad, destierro, sentido de la vida... En fin, cosas más.

¡Qué tristeza! En ninguna de las escenas de aquel relato aparecía nada especial que pudiera justificar el habernos fallado -con perdón de los miembros de la otra familia-, tampoco se veía indicio alguno de ninguna misión secreta que

exigiera cortar con toda la vida anterior, parece una simplificación de esas de película pero, ¡joder!, yo no veía ningún impedimento inevitable, sino que allí, por el momento, las razones que resplandecían solo ilustraban el abandono, dibujaban la exclusión. Todo sugería que habías optado por la elección de borrar tu memoria. Simplemente.

Al día siguiente, encontramos a Renée pálida y preocupada. Las marcadas arrugas de su frente le daban un aire ligeramente grosero. Nos dijo que la tensión nerviosa se le suele acumular en la espalda y aquella noche la había pasado bastante mal. Yo supuse que nuestra presencia había servido para agravar sus síntomas.

-Estoy muy enfadada- me confesó en cuanto se dio cuenta que yo la observaba mientras buscaba en la memoria de mi diccionario francés el orden y las palabras adecuadas para formular una pregunta. Ella se había sentido analizada en silencio.

Dejé de lidiar con el diccionario y no dije nada, me limité a bajar la mirada y me concentré en el desayuno que nos acababan de servir.

-¡Estoy pero que muy enfadada! -volvió a murmurar, depositando ruidosamente la taza contra el platillo tras su primer sorbo.

-¡Me mintió! Le pregunté muchísimas veces por aquel tatuaje porque deseaba saber a quién pertenecía la cara que llevaba en el antebrazo, qué clase de nombre era Aurora, cuándo, dónde y por qué decidió grabárselo para toda la vida... “Murió”

me respondía alguna vez, “murió hace mucho tiempo”. Y dejaba la frase suelta en el aire, sin añadir nada más. Una vez que insistí bastante en ello, me dijo que aquella mujer era su hermana, que la mala suerte se la llevó para siempre. ¡Con que su hermana! Pues vaya mierda, si es que no me lo puedo ni creer. No se lo perdonaré jamás.

-Seguramente te quería proteger -le contesté. No sé por qué, pero la conciencia me pedía que me pusiera de tu parte.

A partir de ese momento, ella se limitó a susurrar sin esforzarse en que la entendiera. Edu se había ido con las chicas a jugar a un parque cercano, como escapando de nuestras conversaciones. Yo eché en falta su presencia, Renée hablaba atropelladamente, con gran desasosiego, y me faltaba el oído fino que tiene mi marido en ocasiones como esta.

-Y aquí estoy -me dijo después de un largo minuto-; aquí estamos las dos, tú y yo, hasta el cuello de barro... en fin, perdóname por la expresión.

Estaba claro que necesitaba desahogarse, necesitaba soltar lo que llevaba dentro pero su conciencia no le dejaba ir muy lejos. Le venían a la mente imágenes de un padre muy tierno, el que para muchos fue un emigrante ignorante y harapiento era la misma persona que para ella era el padre más amoroso del mundo, aquel a quien acompañaba al médico porque no dominaba el francés, aquel que fue un pedazo de pan, por muchos fallos que tuviera. Así que enseguida se echó atrás.

-No soporto la mentira; es más, me pongo enferma si proviene de alguien de la familia. Por hablar sin pensar soy

capaz de decir barbaridades, hablar mal de mi padre, insultarle. Pero te voy a decir una cosa, mi padre jamás abandonaría a la familia, jamás dejaría tirados a los niños. Te puedo jurar, aunque ahora mismo esté tan enfadada y ni tan siquiera sepa si algún día podré perdonarlo, que mi padre antes se quitaría la vida que hacer semejante traición.

-Fue obligado por los falangistas a dejar su familia, a marcharse del pueblo. Eran tiempos de injusticia y de guerra. Por circunstancias que no conocemos, perdimos el contacto con él en 1944; a los seis años, tenía una nueva familia... Hablas de traición... Me parece que fue precisamente la lealtad hacia vosotros lo que le llevó a enmudecer.

Tras aquellas palabras llegó una larga interrupción, parecía un silencio muy peligroso. Pidiendo otro café con leche y un par de bollos conseguimos disimular la falta de comunicación en ese momento. Si queríamos abrirnos camino estábamos obligadas a dejar de intentar buscar una razón absoluta. Todo esfuerzo en ese sentido era un esfuerzo en vano.

Cuando nos levantamos y nos dirigimos hacia el parque, ella retomó el tema pero esta vez con más calma. Paseando bajo la sombra de los árboles, mientras escuchábamos el lejano bullicio de las risas de los niños, Renée se dejó llevar por la marea de la nostalgia, moviéndose a la deriva de sus recuerdos. Gracias a ese ejercicio altruista pude deducir que jamás olvidaste aquello que dejaste tan atrás, que, en tu soledad, te aferrabas a tu brazo, a tu tatuaje, a Aurora, y que la acariciabas, tal y como hacía yo con la foto de aquel querido amigo que perdí de joven. Cuando murió Franco, o por lo

menos cuando dicha noticia era todavía actual, te bajaste del trastero la maleta vieja, metiste dentro cuatro pantalones, cinco camisas y poco más y dijiste que ya era hora de volver al pueblo. Agradeciste que te acogieran en esa tierra, al norte de Francia, pero nunca pudiste dejar de sentirte un extraño desconocido... Renée me confesó que “en vez de a España, te mandaron a un psiquiátrico durante una temporada”. Por culpa del ictus habías empezado a perder la cabeza. En el delirio de tus recuerdos veías explotar bombas y más bombas, gritabas para que pararan...

Cuando Renée quitó el polvo a aquellos viejos recuerdos supo que mentir y guardar un secreto no son la misma cosa, en su enfado podía achacar a su padre haberle ocultado de manera extraña una parte de su biografía, podía acusarle de cerrazón, de falta de confianza o incluso de ser huraño, pero supo que no podía echarle en cara ser mentiroso. La única mentira que le había contado -que Aurora era su hermana- se la había sacado ella misma por la fuerza, cuando lo puso entre la espada y la pared, sin darle la más pequeña oportunidad de seguir callado.

Así pues, podía decirse que, para Renée, el silencio de su padre podía ser perverso, irritante, incomprensible o incluso podía ser un error odioso.

Pero nunca imperdonable.

XVII. DOS TIROS

Aquella mañana transcurría plácidamente mientras Renée y yo paseábamos por la explanada verde del parque, Edu jugaba con las niñas y nosotras caminábamos en círculos para no perderles de vista. Utilizábamos como referencia algunos elementos de aquel tranquilo paisaje, un estanque donde los patos rellenos de aire nadaban casi sin mojarse, un caserío tan repleto de animales que más se parecía a un zoológico, finalmente la carretera que llevaba directamente al centro de la ciudad. Un bonito paraje, sin duda. La zona verde estaba bordeada por árboles y a su sombra habían colocado unos bancos que nosotras utilizamos de vez en cuando para descansar. Estábamos allí, sentadas en aquella placentera mañana, cuando de pronto escuché a Renée decir algo que me irritó.

-Pobre mujer -dijo, refiriéndose a la abuela Aurora. -Qué pena -volvió a susurrar.

Se llevó la mano a los labios, queriendo acentuar la expresión de la lástima que sentía, mientras yo luchaba conmigo misma para reprimir la tentación de levantarme del banco, dejarla allí, sentada en la sombra junto con su lástima, y marcharme

corriendo los trescientos metros que nos separaban del sitio donde jugaban mis hijas. Y es que la emoción que yo pretendía encender respecto a mi abuela no era precisamente aquel sentimiento de pena. Lo que mis explicaciones debían de provocar en ella no eran ni pena, ni tristeza, ni falsa emoción. Sin embargo, Renée estaba obstinada en considerar solamente aquello que tuviera que ver con la vida sentimental de la abuela. A medida que yo intentaba eludir aquel tema, ella me empujaba a hablar de ello con una oleada de preguntas y me sacudía con su interrogatorio sobre si la abuela se volvió a casar, o si llegó a tener algún amigo especial, algún amante, alguien con quien compartir la cama y tener algo de sexo, o, por lo menos, alguien que hiciera las veces de padre de sus hijos.

-Que yo sepa, no. Desde el día en que le dio el último beso a su marido, hizo frente a la vida sin ningún compañero.

-Desde tan joven...

-Sí, cuando los expulsaron de Altsasu en el 36, solo tenía 23 años recién cumplidos.

La verdad es que era muy triste soportar la guerra y sobrevivir sin dar otra oportunidad al amor, le ocurriera a mi abuela o le ocurriera a cualquier otra persona. En aquel momento de tristeza, además de rabia, comencé a sentir algo parecido a la fase inicial de una mala conciencia, la sensación de haber hecho algo mal, porque, sin darme cuenta, había fabricado la imagen de una viuda desgraciada, esa imagen frecuente de una mujer que echa a perder su vida esperando a

un marido que jamás volverá. Pero ¿dónde había olvidado el orgullo de mi abuela? ¿Dónde había dejado su fuerza, su ímpetu, el humor, su pasión por los suyos? Me pregunté dónde se había quedado aquella gran generosidad que tanto contrastaba con la austeridad total que se aplicaba a sí misma, esa endiablada tozudez que mostraba en ciertos temas, su manera de ser, todas esas cosas que te hacen lo que eres, más allá de las relaciones de pareja. La situación resultaba exasperante, porque, si me hubieran dejado dibujar el perfil de mi abuela, jamás hubiera puesto su soledad en primer plano. Es verdad que, de vez en cuando, solía tener la necesidad de hablar de la pérdida de su marido, pero no precisamente para dejar patente el hueco que dejó en su cama, ni tampoco para llorar su pérdida delante de nosotros, sino para evitar el olvido. Para que te tuviéramos presente. Nos hablaba de ti para que no desaparecieras también de nuestra memoria.

Por mucha compasión que respirara, tampoco a Renée le resultó fácil de asimilar aquel retrato. Le hubiera resultado mucho más llevadero escuchar que la abuela también había dejado atrás su vida anterior contigo; hubiera quedado más tranquila si hubiese pasado que, después de haber superado aquella etapa y haber rehecho su vida, tú te hubieras convertido poco a poco en una anécdota de juventud. Le hubiera resultado más creíble escuchar que la abuela fue quien rompió con aquella relación imposible que mantuvisteis con tu exilio, yo creo que, por encima de todo, esto es precisamente lo que le hubiera gustado a Renée escuchar. A ella le parecía lo más probable porque era una explicación posible y carente de maldad. Además aquella ruptura se podía hacer por carta, sin necesidad de tener que ponerse uno frente a otro. Por

ejemplo: “Mi querido José, nos hemos cansado de tu ausencia, pongamos fin a esta relación que, por desgracia, ya se ha convertido en imposible”. Así, con unas pocas palabras, cada uno podría cargar con sus emociones y seguir su propio camino. Pero no fue así. Tuve que repetirle una y otra vez que no ocurrió así. La primera vez lo hice tan suavemente que Renée puso en duda el conocimiento que yo podía tener sobre ese tema, incluso sugirió que, tal vez, era posible que la abuela nos hubiera escondido ese dato, o, tal vez, hubiera olvidado contarlo, o a lo mejor era yo misma la que había distorsionado la realidad de lo ocurrido con el paso del tiempo. Entonces me puse un poco más dura.

-A mí lo que más pena me da es lo poco que pudo disfrutar de su vejez, que enfermara al poco tiempo de jubilarse sin haber gozado apenas de días tranquilos, días completos en los que no tuviera que ir a trabajar. Que se le hubiera negado esa etapa cómoda.

Intenté salir de esa cerrazón abriendo la perspectiva, dejé a un lado a la abuela y me centré en sus hijos, en mi padre y en mi tía, en Valentín y en Blanca, que, por cuestiones de sangre, eran respectivamente el hermano y la hermana mayor de la mujer que estaba sentada a mi lado, con una diferencia de edad de un cuarto de siglo, aproximadamente. Pero el interés de Renée no se avivó con estos asuntos, simuló que no había oído, y volvió a llevar la conversación al terreno que le interesaba. Tal vez, por paralelismo, o, tal vez, porque el aire que respirábamos se había hecho tan denso que entorpecía el salto de una generación a otra, dijo con ironía:

-Sin embargo, mi madre nos dio guerra hasta cumplir los 94.

Hablaba con cariño de la mujer que le dio la vida. Para que yo me percatase correctamente del doble sentido de su frase, levantó los brazos y dibujo unas comillas en el aire justo al pronunciar la palabra guerra e hizo una corta pausa a propósito. Le dediqué una sonrisa dando a entender mi admiración.

-Tenía una memoria impresionante -prosiguió con orgullo-; ella te hubiera podido contar gran cantidad de anécdotas sobre José. Si hubiera podido estar aquí, enseguida se hubiera puesto a ello, y nos las hubiera contado con todo lujo de detalles... Qué extraño se me hace todo esto. Y por qué poco no os habéis cruzado. Murió hace poco más de cuatro años, se le cansó el corazón...

Abrió el bolso que le colgaba del codo y empezó a rebuscar en los bolsillos y pliegues de su cartera:

-Mierda, ¿dónde demonios he dejado su foto? Se la hizo Laurent, en el jardín que tenemos detrás de la casa, es que en aquella época vivía con nosotros, la pobre jamás quiso ir a una residencia de ancianos, pero, al final, la tuvimos que llevar, no tuvimos más remedio...

Renée no paraba de hablar pero hacía unos instantes que yo me había quedado helada al escuchar la fecha de la muerte de Henriette, aunque no alcanzaba a descifrar por qué. Ella seguía introduciendo continuamente la mano en su bolso marrón, maldiciendo de vez en cuando, mientras yo seguía sus explicaciones, dedicadas principalmente a su falta de cabeza, a

su desastre y a alguna que otra cuestión sobre el retrato de su madre. Yo la escuchaba como quien escucha al locutor de la radio hablar y hablar todas las mañanas, cuando las palabras de Renée quedaron en el segundo plano de mi atención, empecé a calcular cuántos años de diferencia te sacó en vida Henriette, cuánto tiempo pasó sin ti, qué edad podía tener cuando te enterraron. Cuando Renée encontró la fotografía de su madre, fueron otras cuantas preguntas las que inundaron mi pensamiento, como, por ejemplo, qué timbre de voz tuvo aquella pequeña y arrugada mujer que se encorvaba en aquel retrato; me pregunté si me resultaba verdaderamente simpática nada más verla o, por el contrario, si inconscientemente me obligué a mí misma a sentir respeto hacia ella; qué aspecto tendría de joven cuando os conocisteis; qué es lo que la hacía especial, única e imprescindible para que la hubieras preferido a ella.

Me encontraba de lleno en el laberinto de esos pensamientos cuando me di cuenta de por qué me había extrañado la fecha de su muerte. Me vino a la mente la carta que llegó desde el ayuntamiento de Tourcoing y la sensación que me produjo leer lo que ponía en la casilla del estado civil. Sin ningún tipo de rodeos, se lo comenté a Renée:

-El parte de defunción que me mandaron del Ayuntamiento decía más o menos que José Bermejo Zabaleta era viudo cuando murió. Más exactamente, que era soltero por defunción de sus esposas. Y te recalco lo de esposas, en plural. Sin embargo, tu madre aún vivía en 1980, y mi abuela también. ¿Qué quiere decir esto?

Ella abrió sus ojos como platos, palideció, apretó los labios en silencio, levantó los hombros y cruzó los brazos como si hubiera sentido un escalofrío.

-Y yo qué sé lo que querrá decir. Se habrán confundido. - Parecía espantada. Prosiguió respondiendo a la pregunta con la misma pregunta-. ¿Qué demonios quiere decir?

Le enseñé las fotocopias de las dos actas de defunción y ella las cogió como si jamás las hubiera visto para mirar con atención el sello oficial del encabezamiento. Deseaba asegurarse de que eran fiables.

-Mira -le resumí lo que decía el papel, para que no tuviera que leerlo-. Según el acta del consulado español, José era soltero. Para haber sido escrita por alguien que no conocía a mi abuela, era lógico que apareciese como soltero, puesto que con tu madre no se casó. Por otro lado, fíjate en esto -y puse el dedo índice justo bajo la línea que quería que leyera-, la declarante eres tú.

La frente se le arrugó como una uva pasa cuando hincó su mirada en el papel donde aparecía su nombre. Había enmudecido, así que proseguí:

-Hace poco leí que Franco anuló todas las bodas civiles anteriores a la guerra, rabinetas de un dictador. Por lo tanto, si a los funcionarios del consulado se les hubiera ocurrido comprobar sus datos, y no creo que fuera así porque hay más errores en el mismo párrafo, pero si hubieran acudido al registro, como digo, a lo mejor hubieran escrito lo mismo en la línea correspondiente al estado civil. O sea que José jamás se

comprometió en ese sentido y, por lo tanto, era soltero. De todas formas, no me convence demasiado esta hipótesis, porque el acta de matrimonio existe hoy en día, yo misma la he tenido entre mis manos. Pero quién sabe, no descartemos nada y pongamos todas las posibilidades sobre la mesa.

Renée seguía perdida, como si no hubiera entendido nada o como se hubiera quedado ensimismada en sus recuerdos de hace 30 años. Pensaba comentarle también los otros errores que había encontrado en las actas, pero, tras tomarme un respiro de dos minutos, decidí centrarme solamente en lo más importante:

-Sin embargo, en el acta de Tourcoing no se menciona ningún declarante, su estado civil aparece más detallado -le volví a señalar la línea-, literalmente dice: épouses décédées. Por lo tanto, se habla de mujeres, en plural, y precisamente él era soltero por fallecimiento de las susodichas... ¡Caramba!

El color de su tez cambió del pálido, por falta de riego sanguíneo, a rojo fuego, parecía que iba a estallar por mucho que intentara disimularlo. Finalmente estalló:

-¡Menudo embrollo! -empezó a golpear el papel con los gruesos anillos que llevaba en la mano derecha-. Que conste que yo no tengo nada que ver en esto. Fue el párroco, que era amigo íntimo de José, quien se ocupó de los trámites posteriores a su fallecimiento. En vida, era él quien le arreglaba la mayoría de los problemas burocráticos, papeles y demás.

Acudía mucho más fácilmente a él que a mi madre. Por un lado, por la confianza, pero también porque hablaba

perfectamente en castellano y mi madre, no. Era lógico, y también de agradecer, que de estos últimos papeles también se hubiera ocupado él. Ahora no lo recuerdo, pero es muy posible que me hubiera pedido permiso para hacerlos en mi nombre, de modo que mi madre no tuviera que ocuparse de todo...

-Dices que el párroco era amigo suyo. ¿Cómo se llama? ¿Aún vive?

-Bueno, él también nos dejó, fue al poco de morir José. No me acuerdo cómo le llamábamos, padre Mauricio... no, no, no, Marcel. Sí, se llamaba Marcel. Sabía que empezaba por M. Pero ¿a dónde nos lleva todo este lío?

-Digamos que esa pesquisa apunta a muchos sitios -le respondí, con tono acalorado. De entrada eran esas “esposas” en plural lo que más me desconcertaba, pero también resultaban sorprendentes otros datos que habían salido a la luz, como tu amistad con el cura, esa complicidad que superaba con creces la caridad cristiana, o esos errores que aparecían en los papeles oficiales, como el hecho de que apareciera 1912 como año de tu nacimiento, en lugar de 1914. Reconozco que también me desconcertaba la ignorancia de Renée, pero finalmente decidí que me resultara perfectamente creíble, me podía jugar el cuello que no lo hacía a propósito. De todas formas, oír por primera vez de su boca una blasfemia me recordó que yo le llevaba un año de ventaja. El proceso de estos últimos meses me había llevado más veces de las que yo hubiera deseado a soltar palabras más fuertes que *putain*. Además, fue precisamente el análisis que surgió después de

cada disgusto lo que me había inyectado cada vez más fuerzas para poder seguir adelante. Así que yo tenía que darle tiempo a Renée, le tenía que dar la oportunidad de coger distancia y mirar con perspectiva, no le podía exponer todas las incógnitas a la vez, por lo que le conté aquello que menos la pudiera confundir, la versión más consoladora que tenía en mente.

-Supongo que José daba por muerta a mi abuela, tal vez, pensó que había perdido a toda su familia; partiendo de esa premisa, y teniendo en cuenta que no podía volver a su tierra, rehízo su vida con tu madre, aquí. Si pudiera confirmar esa hipótesis, si hubiera alguien que me la pudiera dar por cierta, entonces tendría una buena razón para contar la historia a los míos, para dejarme de secretos, aunque eso no descarte completamente la posibilidad de que a alguien se le vaya a atragantar esta historia.

-Pero ¿por qué no nos lo contó? -parecía muy dolida-. Nada, ni una triste palabra, eso no es normal.

-Supongo que su actitud es consecuencia de haber vivido en la clandestinidad.

Me venían a la cabeza los reproches de Pernan, el amigo de Edu. No le pude decir otra cosa. A mí, que escuchaba mi propia voz intentando dar una respuesta, tampoco me parecía una buena razón; era coherente pero no era suficiente. Porque no es verdad que te callaste todo. Contaste muchas verdades de tu vida acerca de las cosas que hacías antes de conocer a la abuela, eran historias anteriores al 36 sobre todo. Contaste por ejemplo que, siendo el menor de dos hermanos, empezaste a

trabajar a la edad de 16 años en la estación ferroviaria de Alsasua, mientras tu padre se ganaba la vida en algún puesto del juzgado, casándose por segunda vez al morir tu madre. Tú eras todavía un adolescente y no querías ni tan siquiera un poquito a aquella mujer que se había casado con vuestro padre; por envidia o por celos, ella había puesto a tu padre en tu contra.

Habías contado muchas verdades de aquella vida anterior a la guerra y también muchos detalles sueltos de los años posteriores. Conocías Barcelona como si fuera tu casa pero Hendaia te parecía un buen sitio para echar raíces; Hendaia, curiosamente. No diste ningún tipo de pista sobre cómo llegaste a conocer estas dos ciudades, ni en qué circunstancias llegaste a ellas, como si simplemente desearas dejar pensar que podía haber sido gracias a tu trabajo en el ferrocarril. Me acordé de la promesa que le hiciste a mi padre aquel julio de 1944: Pronto recobramos la tranquilidad que habíamos dejado atrás. Ya le tengo echado el ojo a la casa que será la nuestra, aunque quede lejos de nuestra tierra natal. Cuento con los suficientes medios para ello. Creí firmemente que quisiste asentarte por aquí, no muy lejos de donde vivimos nosotros, muy probablemente a la altura de la bahía, mirando hacia Fuenterrabía.

Y así, mientras charlábamos sobre la belleza de la costa labortana, Renée me contó que tuviste cierta historia amorosa con una mujer de San Juan de Luz. Ocurrió poco antes de conocer a Henriette, aunque aquel noviazgo duró tan solo unos pocos meses porque parece ser que hubo algo relacionado con un niño que enturbió la relación. Edu había vuelto del parque

junto con nuestras hijas y se había incorporado a nuestra conversación, cuando escuchó esto último se quedó aún más confundido que yo, los ojos casi se le salían de las órbitas. Sin dar tregua, comenzó a hacer una pregunta tras otra, pero todas resultaron estériles porque Renée no era capaz de aclarar exactamente el significado de lo que nos acababa de contar. No fue capaz de concretar a qué se refería cuando hablaba de aquel niño, de si se trataba de un aborto inesperado, de un embarazo no deseado, del hijo o hija que la mujer pudiera tener de otra relación anterior, ¿o qué? Tampoco pudo facilitarnos el nombre de aquella mujer.

Yo sentía varias emociones entrelazadas, me invadía una mezcla de confusión, burla, decepción, miedo y pereza hasta el punto de que se me hizo un nudo en el estómago. ¿Es que cuando volviera a casa desde Tourcoing iba a tener que investigar en San Juan de Luz? ¿Con qué clase de historia me iba a encontrar? Y, por cierto, ¿no habías enviado precisamente desde allí las últimas cartas tuyas que tenemos? La fatiga que todo ello me causaba me convenció de que debía de tratarse de algún malentendido, posiblemente Renée no había captado bien el sentido de lo que había oído o, tal vez, tú no fuiste capaz de explicarlo correctamente puesto que tampoco dominabas muy bien el idioma.

Les contaste muchas cosas de tu vida anterior a la guerra, también alguna que otra historia de los oscuros años posteriores. Pero no dijiste ni palabra sobre la anarquía, ni sobre el alzamiento de los camisas azules, la guerra, la impotencia que se adueñó de vuestro bando, la destrucción, el fracaso de la república. Al igual que hiciste con la abuela

Aurora y los hijos que tuvisteis en común, metiste todo ello en el mismo saco y lo condenaste al silencio. Era como si el conflicto del 36 y tu familia de aquella época formaran parte del mismo tabú.

Te fabricaste un perfil de emigrante, de trabajador que tiene que partir en busca de un futuro mejor, y pienso que te salió bordado, si no fuera por esas marcas tan sospechosas que dibujaron en tu piel. Por un lado, estaba la cara de la abuela que llevabas tatuada, en aquella época era un signo casi irrefutable de haber pasado por la cárcel o haber sido marinero en alta mar, pero en ningún caso era la marca de un paria de la tierra, ni la del viajero de tren, ni la del trabajador emigrante. Dijiste que te hiciste el tatuaje como homenaje a una difunta, para que cada pinchazo actuara de antídoto contra el olvido; pero jamás mencionaste a quién pertenecía, ni cuando, ni dónde y ni por qué murió.

Laurent se acercó a la sombra del árbol donde estábamos y nos explicó que tenías las marcas de dos tiros de bala, una en el hombro y otra cerca del pecho. Nos contó que la primera vez que te los vio era todavía un chaval que acababa de enamorarse de la que más tarde sería su esposa, Renée; ocurrió precisamente un día que fue a buscarla a vuestra casa. Cuando Renée abrió la puerta, pudo observar que te afeitabas al viejo estilo, en la cocina y en camiseta de tiras. No pudo contener su curiosidad y, señalando con su dedo las huellas de las cicatrices, te preguntó “¿pero qué demonios es eso?”, dando por supuesto que para entonces ya teníais la suficiente confianza como para hablar de esas cosas.

Necesitabas dar una respuesta creíble y le respondiste lo que anteriormente habías relatado a tu familia, que esas heridas te las habían hecho en tu pueblo, allá por el año 36, cuando irrumpieron unos soldados del bando que más tarde ganaría la guerra. Fueron dos balas perdidas las que te agujerearon, dos claros mensajes de muerte y de terror dirigidos hacia civiles en una plaza repleta de gente. Cuando estabas a punto de morir viste a Dios, que te estaba llamando sonriente y con sus brazos abiertos, despertaste tras conocer el sosiego de estar junto a él, resucitaste para partir atravesando los Pirineos y no volver jamás a esa tierra de terror.

Pero esas heridas no eran de la guerra, no por lo menos de la guerra del 36. La justificación que les diste como respuesta era producto de la fantasía, o de algún problema mental, o, lo que es más probable, esa historia era el disfraz de otra historia posiblemente muy parecida. Yo lo podía demostrar, pero esta explicación la guardé para mí.

En el verano de 1944, dentro de una carta dirigida a mi padre, mandaste una fotografía tuya como regalo para la abuela, era una imagen curiosa que tenía forma ovalada y venía dentro de un sobre, demostrando que provenía de una realización profesional. Aparecías de medio lado y tenías el torso desnudo para enseñar músculo, ese tipo de fotografías eran muy comunes en aquella época. Se te veía muy guapo, sensual, casi erótico. Pero la foto tenía otra función, enseñar a tu esposa y a tus hijos el cambio de los últimos meses, demostrar mediante tu cuerpo lustroso que la promesa que les habías hecho de una vida mejor podía ser cierta, habías dejado de tener un cuerpo raquítrico para tener un aspecto fornido. Así

pues, después de haber sobrevivido a la guerra del 36 y de haber superado mil calamidades, tu cuerpo volvía a tener una piel tersa y cierta masa. Las dos marcas de bala no existían.

Decías que las cosas cambiarían antes de que pasaran seis meses. Así lo escribiste en las líneas que acompañaban a la fotografía, con un aire tan seguro y contundente como misterioso. Pero ¿qué es lo que sabías que no podías explicar más detalladamente? ¿Es que acaso te referías a la liberación de Francia? ¿Hablabas de la rendición de los alemanes, de la capitulación de la Segunda Guerra Mundial? ¿Qué es lo que intentabas reflejar?

Pudiste ser un militante de la resistencia. En el País Vasco ocupado por los alemanes eres un desterrado patético, pero le has caído bien al que lleva colgadas más medallas en su pecho, necesitan mano de obra barata y piensa que tú puedes ser de provecho. Te ha sacado del campo de concentración y te ha puesto a trabajar de mozo en la caserna, o, tal vez, de mecánico, de sirviente o de limpia zapatos. Ya no tienes nada más que perder y puede que hasta tengas que hacer de espía infiltrado. Pero te han pillado, como al ratón en la ratonera...

O puede que fueras un colaborador de los comunistas. Después de tener que haber agachado la cabeza en el 39, la Pasionaria se ha refugiado en la Unión Soviética, junto a la mayoría de los altos cargos del partido. Los camaradas dirigentes que menospreciaron y que tuvieron que refugiarse en Toulouse se han hartado de la docilidad que demuestran aquellos que viven bien, protegidos bajo el mando de Stalin, de sus largas vacaciones -que ya van para cinco años-, y han

juntado a un ejército de cuatro mil soldados para la que han llamado “Operación Reconquista de España”. En octubre de 1944, muchos comunistas, junto a unos cuantos socialistas y anarquistas, han cruzado la frontera por los Pirineos y han proclamado un gobierno republicano en Viella, en los Pirineos catalanes. Pero van a fracasar. Y el suceso se ocultará con el beneplácito de unos y otros. Los franquistas lo ocultarán para no dar impresión de debilidad, al quedar comprometidos si se llega a saber que los rojos han cruzado los Pirineos sin crear ni la más mínima sospecha. A los comunistas les preocupa airear sus trapos sucios, porque deja al descubierto la pugna entre el poder que se refugia en la Unión Soviética y los sublevados de Toulouse, demuestra una falta de disciplina. Finalmente, serán los soldados que se esforzaron en la hazaña los que pagarán el fracaso: serán traicionados, atrapados, abandonados, muertos sin ninguna clase de reconocimiento...

Pero también pudiste ser un pirata. Vives entre Marsella y San Juan de Luz, con un pie en cada sitio. Allá tienes tu cuartel general, un espacio o un trampolín donde organizar acciones en un radio amplio. Aquí se encuentra tu vía de escape, tu refugio, tu escondrijo camuflado para cuando las cosas se pongan feas. Te has unido a unos cuantos anarquistas que conociste en la miseria de la guerra, juntos robáis y os inmiscuís en asuntos turbios, como tráfico de armas, con la intención de ayudar a los maquis que siguen sabotando la dictadura de Franco. Con la intención o con la excusa, pero se os ha acabado la suerte, esa que habéis tentado tantas veces...

Después de decir adiós al matrimonio hasta al atardecer, Edu y yo pedimos unas cervezas en el hotel y nos sentamos a hablar

cerca de la piscina, mientras las niñas se bañaban. Nos pusimos a comentar todas estas hipótesis que centrifugaban en mi cabeza. Cuando las burbujas y el alcohol dieron de sí, te convertimos en el protagonista de una novela negra, en un personaje alegórico y, por lo tanto, irreal. Nos dimos cuenta de que eso era lo que nos hacía falta.

XVIII. LA ÚLTIMA CENA

La noche anterior al regreso a nuestra tierra Renée y Laurent nos invitaron a cenar. Cuando llegamos a la casa vimos que un gran banquete nos esperaba encima de la mesa, mucho más copioso de lo que nuestro cuerpo admitiría aquel día tan caluroso. Empezamos tomando unos fritos, esos pequeños bocados que se suelen poner en la mesa para que disfruten los pequeños y los mayores. Eran tan abundantes que por sí solos hubieran sido suficientes para saciarnos, pero Renée insistió en servirnos el plato estrella que había preparado. Era una especie de cocido hecho con patatas, zanahorias, cebollas y carne de buey. Nos comentó que no había ni una sola fiesta que se hubiera celebrado en su casa sin aquel plato. Y es que ese cocido había sido la especialidad de Henriette, el elemento que ella utilizaba para recalcar su arte en la cocina, su firma en los paladares y en los estómagos, para que el festejo quedase grabado en la memoria más profunda de los comensales. Como todo buen cocido, se preparaba de víspera para que, llegado el momento, sólo fuese necesario calentar para servirlo, evitando la necesidad de pasar tiempo en la cocina. Pero Renée nos lo quiso ofrecer para evocar que también era tu plato preferido, “jamás me saldrá tan bien como a ella”, recalcó. Nos contó que comías hasta hartarte, siguiendo siempre el mismo patrón: te

comías primero las verduras, luego, la carne y, por último, mojabas con pan la espesa salsa que quedaba, “era un carnívoro sin remedio”.

En cuanto nos sentamos a la mesa, nos dimos cuenta de que todo el esfuerzo que habían dedicado a la preparación de aquella cena tenía un objetivo muy claro y que no era precisamente hacer el papel de buen anfitrión -nosotros quisimos invitarles a un restaurante, tras haber remarcado que el día anterior habíamos comido en su casa y, por lo tanto, esta vez era nuestro turno-. En el ambiente se sentía una falta de naturalidad inevitable, como si toda la proximidad conseguida en aquellos dos días tan acelerados estuviera a punto de perderse.

Renée no sabía por dónde empezar, no sabía si tenía que pedirnos un favor o si debía intentar comprarnos directamente. Desde que pusimos nuestros pies en aquella casa, la mujer sólo deseaba conseguir que, de una vez por todas, detuviésemos nuestra investigación sobre ti, su único objetivo era que acabásemos con aquella locura de indagar en el pasado. Porque, tal y como pudo comprobar en el paseo de la mañana, no nos conformábamos con conocer a Renée y Laurent. Porque sabía que las respuestas que no encontrásemos allí las buscaríamos en la memoria de sus familiares, aun después de dejar patente que ni Renée ni Laurent abrirían los puentes para que llegásemos a ellos. Porque, cuando se hurga en la memoria, se levantan vientos fuertes y violentos, hacia el norte y hacia el sur, se crean remolinos capaces de levantar el polvo más sucio que pueda

existir en las familias. Fue la pregunta directa de Edu la que abrió la caja de Pandora:

-¿Donde viven tus hermanas?

-Mira, pues resulta que no tengo ni idea. Hace años que no cruzamos ni palabra, ni tan siquiera nos comunicamos por teléfono en los días señalados. Para ponerte un ejemplo, es probable que mi hermana mayor ni siquiera tenga conocimiento sobre el fallecimiento de nuestra madre, al menos, no por nuestra boca. -Renée me miraba de reojo, como si mi reacción la preocupara-. Estamos mucho mejor así, que conste, puesto que ya nada podrá corregir el tremendo abismo que existe entre nosotras.

Renée nos dibujó las razones que originaron el enfrentamiento entre las hermanas: el egoísmo de una, la envidia de la otra, la intimidación de la tercera, el hecho de haber asumido ella sola el cuidado de la madre. Parecía una historia antigua, una de esas historias que se fraguan en la cuna y que crecen a medida que van pasando los años, pero escuchando a Renée allí, daba la impresión de que las acababa de vivir.

Cuando fracasaron todos los intentos de ocultar mi curiosidad, le comenté la idea que me había venido a la cabeza: que nosotros mismos podíamos ser una razón para comenzar otra vez la relación, que nuestra visita les propiciaba un tema y una excusa ideal para comunicarse por teléfono. Pero Laurent se adelantó, lo que nos dijo fue suficiente para percatarnos de que seguir hablando en ese sentido parecería una intromisión.

-Son unas hijas de puta -nos resumió, sin levantar la voz, apoyando su mano en el brazo de Edu-. Dicho claramente, eso es lo que son: unas asquerosas sin corazón y sin remedio. Con ellas no conseguiríais nada. Vete a saber lo que se inventarían en vuestra contra para poder atacar a Renée de paso. ¡Ah, si se os ocurriera ponerlos en contacto con ellas! A nosotros no nos metáis en medio. ¡No nos hace falta más que eso! Es más, si os acercáis a ellas, si se os ocurre ir con esta historia a donde ellas, olvidaos para siempre de esta casa.

Aunque el eco de semejantes palabras aún retumbaba en el ambiente, a Laurent se le veía feliz y tranquilo por haber soltado el lastre mientras que Edu, por el contrario, me daba pataditas con disimulo por debajo de la mesa y hacía lo imposible para ganar mi atención, como si se hubiera quedado fuera de juego. Le lancé una mirada amenazadora, como de enfado, para que se estuviera quieto cuando me di cuenta de que me hacía señas para que mirara por debajo de la mesa. Estaba frotando su dedo gordo con el índice, haciéndome ese gesto tan conocido, que significa dinero. “La pasta, querida, la pasta” me susurró en cuanto pudo, como si fuera la única y más universal de las razones que pudiera explicar las disputas. Cuando los anfitriones se levantaron en busca del helado que nos querían servir como postre, le faltó tiempo para soltarlo: “la herencia”. Nos dedicamos mutuamente una traviesa sonrisa.

Vale, pero ¿qué herencia?, pensé, si se pasaron toda la vida en una húmeda casa alquilada, pagada con el mísero salario de una tintorería, después de dar de comer a cinco hijos. En esas

condiciones, ¿queda algo para poder dejar a tus sucesores? ¿Acaso les cayó algo del cielo?

Intentando acabar aquella velada de la forma más dulce posible, dejamos el tema y, a partir de ese momento, nos pusimos a conversar de cosas intrascendentes, siguiendo el guión que marcaron los hombres. Hablamos de fútbol, de precios del gasóleo, del día a día, de esto y de aquello, y por supuesto, otra vez de fútbol, del Lille, del Barça, del Paris-St-Germain, del Athletic... Y bajo aquel disfraz que nos proporcionó la conversación, descubrimos a un hombre simpático que nos tomaba el pelo y a una mujer de risa fácil e inocente. Dos personas de la edad de Edu que intentaban dejar a un lado el miedo y acoger como si fueran de casa a cuatro extraños.

Cuando nos levantamos de la mesa eran las diez, cada una de las niñas llevaba un saquito de caramelos y un montón de preguntas que me fueron lanzando como flechas en cuanto perdimos de vista al matrimonio. Edu, que sucumbió bajo las fanfarronadas de Laurent, se llevó como premio de aquella cena una gran borrachera. Lo que yo saqué en claro fue la localización exacta donde descansan tus huesos y un oscuro sentimiento, la pena de haber conseguido las cosas a medias.

Cuando llegamos al hotel, recordé una frase que nos dijo Renée y eso me alteró el sueño: “Todos tenemos derecho a tener secretos, aún después de muertos”. Las palabras tamborilearon en mi cabeza sin cesar, como el estribillo de una canción que se repite continuamente, una canción que no puedes hacer callar.

Recuerdo que cuando la dijo yo asentí con la cabeza, le di la razón, porque en aquel contexto pareció una oración, sonó más como un ruego que como un argumento. Pero recuerdo que después me puse en actitud de discutir su significado, cuestionar la frase, dudar de ella.

Porque, ¿tener secretos es un derecho? O tal vez es una necesidad. Puede ser una simple obcecación, un merecimiento, un castigo, una enfermedad crónica, un truco, una oportunidad, un reflejo para ocultar un miedo, una urgencia. Cuando el “derecho” al secreto y el derecho a saber la verdad chocan, ¿cómo se decide cuál de ellos es el más legítimo? Y cuando la muerte y la vida se deben de tomar en cuenta dentro del mismo dilema, ¿hay que respetar más el secreto del muerto o, por el contrario, se le debe más respeto al secreto del vivo? El punto intermedio, ¿acaso existe? Me pregunto si se pueden expresar secretos a medias de la misma manera a como se puede hablar de verdades a medias.

¡Ay! si la situación fuese más aséptica, algo más limpia, más nítida. ¡Ay! si se tratara de otro caso y no del nuestro.

Cuando me rendí, ya era de madrugada.

XIX. MEJOR ME CALLO

Aquel día fuimos al cementerio en diferentes coches, Renée y Laurent llegaron abriendo camino y nosotros cuatro llegamos por detrás, como si se tratase de una procesión funeraria que se ha retrasado 30 años. Ni siquiera nos entretuvimos un instante en desperezarnos, nos dimos toda la prisa que pudimos para salir cuanto antes de aquel ambiente tan amargo. Tampoco nos quedaban ya días de vacaciones.

-¿Qué crees que deberíamos hacer? -le pregunté a Edu, mientras giraba el volante intentando aparcar contra la pared del cementerio. Edu, manteniendo fijada su mirada en el interminable muro de piedra, ni siquiera se tomó unos segundos para pensar la respuesta.

-Marcharnos cuanto antes. -La verdad es que yo tampoco me había esmerado demasiado en concretar la pregunta de manera más específica.

-Hombre, pues claro -le reconocí, enfadada- pero yo me refería a las hermanas de Renée. Me refiero a si deberíamos internar contactar con ellas haciendo caso omiso a la “prohibición” de Laurent, o si lo deberíamos dejar correr.

Edu suspiró, sin poder esconder el cansancio acumulado aquella semana. Sabía que nada más visitar la tumba tomaríamos el camino de vuelta, así que no tenía nada más en la cabeza que la ruta que íbamos a recorrer. Intentaba planificar el aburrimiento que nos esperaba mientras llegábamos a Hendaia.

-Cualquier cosa que decidas, la deberás llevar a cabo desde el País Vasco. Aquí ya nos han visto suficiente.

-Joder, hombre, eso ya lo sé -se me estaba acabando la paciencia-. Te estaba pidiendo tu opinión.

¡Qué puñetero! Me saca de quicio cuando me habla así, diciendo la cosa más evidente como si fuera un aviso, en tono de amenaza.

De todos modos, no tuve tiempo para irritarme con él.

Salimos del coche y nos adentramos por las calles del cementerio, en fila, leyendo las lápidas que nos aparecían a derecha e izquierda en busca de la tuya. Las chicas no dejaban de susurrar, preguntando quién era tal, y qué era cual, a santo de qué habíamos venido, cómo se pronunciaba tal o cual nombre, o hasta cuándo permaneceríamos en aquel lúgubre sitio; parecía como si alguien les hubiera prohibido levantar la voz.

Y te nos apareciste de repente, después de diez largos minutos buscándote. Tu foto nos recibió con una sonrisa, desde el marco ovalado pegado a la lápida. Aunque se nos hacía increíble en aquel momento, eras tú, parecías un

cariñoso abueleto de unos 65 años, tímido, falto de malicia, tan igualito físicamente a mi padre, y nos ocurrió lo mismo que cuando coges en brazos por primera vez un recién nacido nada más llegar a este mundo: nos sentimos orgullosos de la proeza, estallaron las emociones que habían creado un caos de sentimientos, y se nos olvidó por completo todo el alboroto que había supuesto llegar hasta allí. El tiempo perdió el sentido. Le faltaba la lógica de siempre.

Nos habíamos imaginado muchas cosas para cuando llegase ese momento, algún acto modesto delante de la tumba, un pequeño homenaje a la altura de nuestras posibilidades: te hubiéramos puesto un ramo de flores con una dedicatoria que probablemente diría “siempre te hemos tenido en nuestro recuerdo”, o “nunca perdimos la esperanza”, o otra mucho más simple como “tu familia”, “tu familia del País Vasco”; tal vez una pequeña ikurriña, o las cadenas de Navarra, tal vez la bandera republicana en la cinta del ramo de flores o, mejor, la anarquista. Probablemente nuestras hijas te hubieran bailado el auresku vestidas para la ocasión con la falda típica, el pañuelo en la cabeza y las abarkas, acompañadas por el sonido del txistu de Edu; también hubiera llegado una jotica, cantada a medias por no saber de memoria la letra y desentonando, pero cantada de verdadero corazón, de modo que se pusieran a temblar hasta los mismísimos huesos que se encontrasen bajo tierra... Ahora que se nos han venido a la memoria todas estas ideas y las hemos comentado, ahora que acaba de pasar ese momento en el que el tiempo se ha parado y hemos vuelto a poner los pies en el suelo, esas ideas que parecían tan bonitas nos han parecido un poco cómicas. Nos hemos sentido ridículos y se nos ha escapado la risa a los cuatro, alguna

pequeña carcajada se ha oído y Renée no ha entendido nada en absoluto. Nuestro humor la ha dejado de piedra.

-José nació en 1912, no en 1914... -me he vuelto a poner seria nuevamente, para que no piense mal, aunque llegados a este punto, ya no me importa ni un pimiento.

-Vaya, si... es posible... El no recordaba en qué año nació; igual que otras muchas cosas, ese dato lo había olvidado, y le pusieron en los papeles algo que se arrimase a su edad.

-¿No se os ocurrió pedir el acta de nacimiento?

-No... ¿Dónde? ¿Para qué?

Hombre, pues para qué iba ser.

Finalmente, ha llegado el momento de recapitular. Hay que decidir si seguir para adelante o para atrás. Hay un agujero negro de cinco años que probablemente sea la clave para explicar tu comportamiento respecto a nosotros. Se trata de los años que van de 1944, que es cuando te perdimos la pista, a 1949, que es cuando conociste a Henriette. No hemos podido recopilar más que unas pequeñas salpicaduras como evidencias. Te tirotearon, te salvaron la vida -puede que aquella misteriosa mujer de San Juan de Luz, con hijo o sin él-; hiciste amistad con Dios; puede que hubieses vivido como los pordioseros y, habiendo podido superar ese destino, diste tu palabra de ayudar, compartiendo con ellos cigarrillos y monedas en cualquier momento y en cualquier lugar; por culpa de la amnesia, o por la necesidad de olvidar, o vete a saber por qué, hiciste callar el grito del dolor de la guerra junto con otras

heridas: la de tu pueblo, la de la revolución, la de tu amor, la de la familia; en tu destierro nos desterraste a nosotros, acoplados al infierno de la guerra. Espero que lo hicieras por el bien de todos. La base y el fundamento es la supervivencia, no morir de pie. Y eso también se paga caro.

¿Qué rayos puedo contar en casa sin un punto de apoyo mejor que el que tengo? ¿Qué son los sucesos si no he podido identificar el por qué, las razones, el motor, las circunstancias que se esconden tras ellos, si se han cubierto de oscuros secretos, si no tengo más que hipótesis y recelos...? ¿Qué es lo que voy a hacer bajo el supuesto de que actúo correctamente?

¿Tergiversar la verdad? ¿Inventarme una aberración de la memoria? ¿Cómo puedo hilar todo esto para que no parezca lo que parece? ¿Cómo puedo medir el impacto del terremoto sin dar cuenta de su epicentro?

Mire a donde mire, tanto si miro a Tourcoing como al País Vasco, no veo más que la destrucción total de esos corazones dañados... Ahora, la única lógica que me convence es la de Pernan. Creo que he llegado a entenderla.

He mirado a Renée para avisarle de que, visto lo visto, es hora de partir.

-Si alguno de vosotros quisiese conocer la tierra que vio nacer a José, lo recibiremos con los brazos abiertos en Hendaia.

-Se agradece -me lo ha dicho en tono de agradecimiento, aunque me ha parecido que, en realidad, lo que quería decir era que “ni borracha”. Jamás ha mostrado interés por conocer

a mi padre y a mi tía. No sabe lo que se pierde, pero el dato es esclarecedor.

Le he prometido que dejaré en paz a su familia, que no enturbiaré las aguas entre sus hermanas por reclamar ese trocito de historia que nos corresponde. Ha reprimido las lágrimas, las ha intentado ocultar haciendo carantoñas a las niñas. “Era un trozo de pan”, le hemos oído decir cuando nos acercábamos hacia el coche, dándole ya la espalda.... “fue un hombre integro”...

Pero hasta el más santo tiene su otro lado...

Cuando nos distanciábamos, he mirado hacia atrás por última vez. Me he dirigido a ti como nunca lo había hecho antes, en voz alta, sacando la cabeza por la ventanilla.

-Nos vamos sin despedidas, José Bermejo Zabaleta. Seguiremos en contacto.

Al subir el cristal, se ha creado un gran alboroto, como si hubiéramos vuelto a recuperar la euforia de cuando supimos de ti:

-Bueno, bueno, ama, pero ¿qué haces?

-¡Pero si está muerto!

-Debe de haber contactado con su fantasma, ¡lo que nos faltaba!

-Se le han empezado a aflojar los tornillos.

-Menudas ganas que tenéis de tomarme el pelo -la verdad es que siento muy bien la frescura infantil.

-¿Qué vas a contarle a tu padre? -Edu, tan práctico como siempre.

-De momento, nada. Que la visita a Disney ha sido muy divertida -todo el mundo ríe-, que también hemos tenido tiempo para conocer sitios. Que hemos conocido a gente que tiene mucho que contar...

-Qué bien has aprendido a mentir. -Me ha querido dedicar una sonrisa maliciosa, aunque no le ha quedado muy creíble.

-Pero qué me dices.... No es toda la verdad, pero tampoco es una mentira.

-Vale. Vale, no nos vamos a volver locos por un tecnicismo. Pon un poco de música, que no sea ruidosa, si no te importa.

Dejando las bromas aparte, se respira un aire de conformidad, como si les hubiera explicado la fórmula más exacta que exista, y esa seguridad me ha preocupado, me ha dado qué pensar que nadie sacara a la luz ni el más inocente de los argumentos que incitara a la discusión, como podría ser preguntar quién soy yo para tomar una decisión de semejante calibre, quién me ha dado el derecho de ponerme por encima de los demás, de decidir ocultar una información que cambiaría el sentido de nuestras vidas. Más tarde les haré todas estas preguntas, a medida que vayamos avanzando en el camino a

Hendaia. O tal vez mañana, cuando hayamos llegado y estemos ya en casa, o pasado mañana, o la semana que viene, o cuando nos pase lo que ocurre en todos los viajes relámpago, que lo vivido en dicho viaje parece más un sueño.

Cada cual empieza a acomodarse como puede, dejándose llevar por el paisaje, esperando que la somnolencia de mil kilómetros que nos queda por delante sea lo más placentera posible. Me he colocado las gafas oscuras, he apoyado las manos en la parte baja del volante, y he relajado los brazos y el cuello. Son las diez de la mañana. Si todo va bien, haremos la primera parada al mediodía, allá por París.

Más que el coche, es la música que suena la que nos transporta hacia la meta...

¿Dónde está el límite entre la esperanza y la resignación cuando tus camaradas de trinchera caen a tu lado?

Me siento orgullosa de lo que he hecho, de lo que he descubierto...

¿Dónde está el encanto de la victoria cuando los cuerpos caídos en la cuneta se marchitan como girasoles ciegos?

Me siento orgullosa de lo que fuiste, de lo que eres, de lo que has provocado en mis entrañas. Pero cómo puedo explicar... Cómo evitar ese juicio cuando solo hay pruebas circunstanciales...

¿Dónde está?

No somos una verdad. Somos el sentimiento que provocamos.

Las heridas de una guerra no han caducado no han desaparecido, después de 70 años. Las flores de los cadáveres de los que no murieron crecen sin cesar

Duerme tranquilo, de momento, yo te cubro las espaldas.

Ahora también.

Y si algún día me explotase el silencio... O, si acaso, encontrase el modo de llegar hasta el fondo, o si nos acercásemos hasta la sede de la CNT en Barcelona y pudiese descubrir algo más...

Somos los latidos de sus corazones. Latidos vivos acelerados. Somos la memoria que se escucha sonora en el nuevo cielo

... Quién sabe.



ACERCA DE LA AUTORA

GARBIÑE UBEDA nació en Tolosa, en 1967. En 1986, siendo estudiante de Filología Vasca, se incorporó al equipo del semanario *Argia*. Desde entonces ha estado profesionalmente ligada a la prensa escrita en lengua vasca. Además de en el citado semanario, ha trabajado en los diarios *Euskaldunon Egunkaria* y *Berria*, compaginando siempre las labores de redactora con las de maquetista y diseñadora. Ha colaborado también en *Euskadi Irratia* y *ETB*. Es autora de los ensayos *Negu Gorriak. Ideia Zabaldu Tour* (Susa, 1995), *Mila ezker* (Susa, 2009) y la novela corta *Hobelsilik* (Elkar, 2013).